

BOLSIBROS BRUGUERA

PUNTO

ROJO

tráfico alucinante

vic logan



COLECCIÓN

PUNTO ROJO



VIC LOGAN

TRAFICO ALUCINANTE

Colección PUNTO ROJO n.º 356

Publicación semanal

Aparece los SABADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito legal: B. 43.573 - 1972

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: diciembre, 1972

© VIC LOGAN - 1972

texto

© MIGUEL GARCIA - 1972

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1972

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

CAPÍTULO PRIMERO

En la puerta 827, de la octava planta del edificio de oficinas, podía leerse: «Serge Segal. Información privada».

Eran las siete y media de la tarde de un viernes. Tanto la hora, el día de la semana, como el buen tiempo reinante de aquel final de junio, favorecían el éxodo masivo de los parisienses, deseosos de alejarse de la polución atmosférica y buscar aires más sanos en el campo. No era de extrañar que la ciudad llevara ya un par de horas vaciándose.

El edificio daba la sensación de estar deshabitado. Desiertos los corredores y bien cerradas las puertas de las distintas oficinas, la sensación de soledad era absoluta. El ruido de los motores de los coches también había desaparecido de las calles que lo circundaban. Los aparcamientos estaban vacíos. Sólo quedaba un coche cerca del edificio, y una luz en la ventana que correspondía al número 827.

Serge Segal que, entre sus variadas actividades, declaraba la de informador privado, estaba trabajando.

Enfrascado en el repaso de unos apuntes, permanecía silencioso, abstraído en sus quehaceres.

En los anaqueles de la librería adosada a uno de los tabiques se hallaban, perfectamente colocados, una buena colección de libros, entre los que destacaban, por ejemplo: *Contra el imperio de las drogas*, *Las drogas precursoras del fin de la humanidad*, *Guerra a muerte a los traficantes de narcóticos* y otros largos títulos, relacionados con los estupefacientes, con un común denominador: el nombre del autor, Serge Segal.

Otros volúmenes, como *Tratado de la salud por el deporte*, *Gimnasia diaria*, *Constitución física* y un variado etcétera, también llevaban la misma firma: Serge Segal.

Serge Segal, repentinamente, dejó de trabajar, como si acabara de darse cuenta de la hora que era. Consultó el reloj, lanzó un

silbido y marcó un número de teléfono.

—¿Eres tú, Gigi? Perdona. Se me ha ido el tiempo, y el caso es que no he terminado el trabajo todavía. Prometí a un amigo mío que iría a esperarle... Viene de España, donde ha ido a pasar unas vacaciones... Sí, sí... Ya sé que te prometí pasar juntos este fin de semana... Y lo cumpliré... ¡Gigi! No te enfades. Sólo unas horas de retraso... Sólo el tiempo de recoger a mi amigo en Orly... Orly, sí. El aeropuerto. ¡Gigi!...

La expresión y la forma de hablar de Serge delataban cuáles iban siendo las respuestas de la muchacha que estaba al otro lado del hilo.

—Gigi... Te lo prometo, no se trata de ninguna chica. Es un amigo. Se llama... ¡Pero, escúchame!... ¡Gigi!... Sí, tienes razón, yo tengo la culpa... Se me ha hecho tarde... De acuerdo, debía decirte lo de mi amigo, pero... ¡Oh, Gigi! Por favor, mujer... No te enojés —lanzó un bufido, y dejó que la voz de la muchacha, que sonaba como una ametralladora, hablara por espacio de cinco minutos seguidos.

Serge apartó el teléfono de la oreja y, tras esperar un tiempo prudencial, la atajó:

—No me entretengas, Gigi. Tengo prisa... Hasta luego... ¿Qué? ¿Qué no quieres que vaya?... —Otra larga perorata de Gigi, y nuevo apartamento del teléfono para concluir:

—¡Gigi! ¡Punto! ¡Se acabó! ¡Stop! —Y Serge colgó.

Arregló su corbata, se enfundó la chaqueta color crema y, después de cerrar la llave de la luz, salió de la oficina. Cerró bien la puerta y cruzó el desierto corredor. Sus pasos resonaban en la soledad.

El ascensor le llevó a la planta baja. El portero se había metido en sus dependencias, a ver la televisión. Serge podía oírla mientras cruzaba el amplio vestíbulo.

Salió a la calle y fue directamente al coche, que inmediatamente puso en marcha.

Daba gusto correr por las calles, a aquella hora. Se podía maniobrar, sin ninguna dificultad.

Instintivamente, entonó una tonadilla, que silbó mientras se fijaba en el coche blanco que iba tras suyo. Era un «Cadillac» ostentoso, matriculado en Niza.

Serge continuó silbando la melodía: *Gigi*.

Dobló la primera esquina, luego otra más, y el «Cadillac» seguía la misma ruta.

Frunció el entrecejo.

«¿Casualidad?», se preguntó, sin dejar de silbar.

Tras dejar atrás el bulevar, se adentró por una larga calle de las afueras, en la zona industrial; no había mucha luz, y la vía aparecía totalmente desierta de personas y de automóviles, sólo el suyo y... ¡el «Cadillac»!

Serge aceleró la marcha y pudo comprobar que el auto americano seguía manteniendo la distancia.

«Me sigue», pensó, y no por ello dejó de silbar, aceleró más y comprobó que el «Cadillac», mucho más potente que su modesto utilitario, que no podía alcanzar más allá de los ciento cuarenta kilómetros, aceleraba a su vez.

Frenó en seco y el «Cadillac» hizo lo propio, como si se tratara de un reflejo.

El detective-escritor, que además poseía carnet de profesor de cultura física y karate, viró bruscamente por la primera calle ancha que apareció a su derecha. Frenó otra vez bruscamente. Asomó el «Cadillac» a cien kilómetros, por hora y le rebasó para detenerse cruzado en el camino de Serge.

Inmediatamente, del automóvil americano descendieron dos tipos de gorillesco aspecto. Fuerte constitución física, vestidos con elegancia chillona, detonante y nada acorde con sus respectivos semblantes.

«¿Quiénes serán éstos?», se preguntó Serge.

Lo único que podía deducir, al verles dirigirse hacia él, era que habría jaleo, pero... ¿A santo de qué?

Sólo podía averiguarlo tomando parte activa en lo que amenazaba avecinarse.

Salió del coche y, segundos después, los dos tipos estaban junto a él, con aviesas intenciones.

El saludo de los dos hombres no se hizo esperar. El de la izquierda intentó sacudir al detective en el hígado. Un puño poderoso y demoledor hubiese hecho vomitar a Serge hasta las papillas que tomó siendo bebé... Pero no llegó a alcanzarle porque el detective puso en práctica una conocida llave de judo, consistente

en sujetar la mano agresora, tirar con fuerza de ella y hacer perder pie al enemigo, que cae por su propio peso, con la misma facilidad con que se levanta una paja.

Pero quedaba el otro, que buscó el rostro de Serge para «acariciarlo».

El detective-escritor-profesor de cultura física y técnico en luchas, paró el golpe, pegó a los costados de su mastodóntico enemigo en los lugares precisos para que el otro notara los efectos de la réplica, y viendo que el escarmiento no era suficiente, golpeó otro par de veces en las vértebras, dejándole totalmente insensible.

El primero que había intentado atacarle se lanzó contra Serge como un toro bravo, embistiéndolo... o tratando de hacerlo. Serge se retiró, y le golpeó cuando «pasaba».

Así de sencillo le había resultado poner fuera de combate a aquel par de desconocidos.

Pero la cosa no terminaba allí, porque desde el primer instante se había dado cuenta de que en el «Cadillac» quedaba un tercer individuo, precisamente el que estaba en el asiento posterior.

Serge se aproximó al coche, echando la mano al bolsillo derecho de la chaqueta. Allí tenía un revólver, con licencia para usarlo.

El del «Cadillac» abrió la puerta con una amplia sonrisa en los labios. Era un hombre de estatura corriente, tirando a alto, de fuerte complexión física y aspecto refinado. Vestía un elegante traje veraniego azul marino, camisa de seda y corbata cara y de gusto.

—Bien, amigo mío —dijo el del «Cadillac», separando los brazos del cuerpo en actitud amistosa—. Acaba usted de confirmarme que es el hombre que necesito. No me había equivocado al elegirle.

—Explíqueme las reglas del juego, y así podré jugar sin desventaja...

—Claro, claro. Se lo explicaré por el camino. Vayamos a su coche. El mío es demasiado llamativo, y mucha gente lo conoce...

Los dos tipos que habían intentado agredir al detective se estaban incorporando, dando muestras de que los golpes recibidos no habían sido ninguna broma.

—¡Un momento, un momento! ¡Usted tiene su tarjeta de visita particular, pero yo soy algo anticuado! No he entendido bien cómo se llama.

—Creí que me habría reconocido. Mi rostro es bastante familiar.

Algunas veces sale en periódicos y revistas de esas que suelen chismorrear...

—No las leo.

—¡Oh, claro! No debe tener tiempo: El gran Serge Segal, escritor, detective y...

—Etcétera, etcétera —cortó Serge.

—Bien. ¿Me invita a su coche? —Y sin esperar respuesta, se dirigió a sus hombres, y ordenó en tono más tajante—: Llevaos el «Cadillac». Ya no os necesito.

—¡Un momento! —cortó nuevamente el detective—. ¿No le gusta el «Cadillac»? Porque yo no pienso llevarle. Tengo prisa.

—Iré donde usted vaya, y por el camino charlaremos.

—¿De qué?

—Necesito sus servicios...

—Haber empezado por ahí. Tengo una oficina abierta al público en...

—Lo sé perfectamente, señor Segal, pero en este caso debía tomar mis precauciones. Sé que me espían. Hay ojos en todas partes, y cuando se es una persona importante, y perdone la inmodestia, no es fácil pasar inadvertido. Y el caso es que no deseaba que nadie pudiera verme en su oficina, o sospecharlo siquiera.

—Tiene usted una forma muy particular de... ¡En fin! Espero que no se moleste si soy el único francés que no le conoce.

—Me llamo Hark.

—¿Richard Hark?

—Veo que empieza a recordar.

—Americano.

—Sólo el pasaporte.

—Y traficante en drogas.

—Sólo rumores.

—¿O falta de pruebas?

—Señor Segal. Tengo tanto dinero, que no sé qué hacer con él.

—¿Lo ganó con las drogas?

—¿Por qué tendría que complicarme la vida con esas porquerías? No, señor Segal, no... Cuando uno consigue hacer dinero, le echan encima todas las suciedades. Yo odio esas porquerías. Por eso recurro a usted... He leído algunos de sus libros

y artículos en los periódicos. Me gusta su forma de pensar. He tomado referencias tuyas en el terreno profesional, y he obtenido las mejores. Es usted el hombre que necesito. Por favor, ¿está dispuesto a escucharme? Por el asunto del precio, le aseguro que no discutiremos. Tengo un problema, señor Segal. Un grave problema.

CAPÍTULO II

Un detective que no fuera curioso, ya no sería detective, en la misma medida que un escritor que no tuviera ansias de aprender, tampoco podría escribir. Serge era ambas cosas, y no podía faltarle la curiosidad.

Conduciendo su coche hacia Orly, escuchó al extraño y correcto millonario.

—¿Cuál es su problema? —empezó preguntando.

—Mi sobrina Gisèle.

Serge le dejó que hablara.

—Tiene veintitrés años, pero su mentalidad es la de una niña de quince. Impulsiva y caprichosa. Está demasiado bien acostumbrada. Se cree con mucho temperamento. Piensa que tiene una gran personalidad, pero está equivocada en ambas cosas. Se deja conducir fácilmente, y esto acabará siendo fatal para ella.

—Bueno. Es mayor de edad.

—¿Y qué? ¿Debo abandonarla a su suerte porque oficialmente sea mayor de edad?

—¿Qué puedo hacer yo?

—Señor Segal, no se lo he dicho todo. Gisèle se droga.

—Bueno. No es la única.

—Creí que usted repudiaba a los drogadictos.

—Si ha leído mis libros, como dice, verá que no es a los drogadictos a quienes yo recrimino, sino a los culpables de que haya drogadictos en el mundo. A éstos tendrían que cortarles las alas. ¡De cuajo!

—Estoy de acuerdo con usted, señor Segal, pero no está en mi mano hacerlo. Ya ve que la policía de todo el mundo se ve impotente para frenar a esos monstruos del crimen, tan perfectamente organizados... ¡Y usted creía que yo podía ser uno de ellos! ¡Y es mi propia sobrina! ¡Usted no sabe lo que significa esta

criatura para mí! ¡Soy responsable de ella!

—¿Dónde adquiere la droga?

—¿De veras no conoce usted ningún local en París donde pueda comprar la dosis que necesita?

Serge se limitó a ir directamente al asunto y preguntar a su vez:

—¿Y dónde entro yo?

—Su trabajo consistiría únicamente en seguir a Gisèle, en enterarse de los amigos que tiene, con cuáles sale, qué hace, e informarme a mí. Seguramente, tendrá que viajar con frecuencia. Gisèle no está un día seguido en el mismo sitio. Oficialmente, vive en Niza, conmigo, pero tiene un apartamento en París, y alquilado otros dos, fuera de Francia. Sígala, vaya donde vaya. Yo corro con todos los gastos. Le pagaré doscientos dólares diarios o su equivalencia en francos, más los gastos y todo lo que pida, señor Segal... Pero no quiero que, bajo ningún concepto, la policía sepa que Gisèle se droga.

—¿Debo hacer, además, de ángel tutelar?

—Ojalá pudiera conseguirlo, señor Segal, pero, de momento, límitese a seguirla e informarme. Es todo lo que le pido. Voy a darle algo a cuenta...

—No vaya tan deprisa. No he dicho todavía que haya aceptado.

—Sé que aceptará. Y empezará mañana mismo. Mire... —Sacó un abultado sobre del bolsillo—. Aquí tiene abundantes fotografías de Gisèle... Ahora está en París. Las señas de su apartamento están anotadas en el sobre. Sígala desde que salga a la calle. Vaya preparado, por si tiene que hacer largos viajes o tomar un avión. ¿Tiene tarjeta de crédito?

—Sí. La tengo.

—Mire... Estamos llegando a Orly. Tomaré un taxi para regresar a París. Por favor, señor Segal... sólo un par de semanas, y cuando yo conozca bien de quién se rodea Gisèle, podré obrar en consecuencia. Deténgase en la parada de taxis. ¡Ah! En el sobre hay algún dinero, acéptelo como anticipo. Mis señas están en la guía telefónica. En Niza, por supuesto.

El detective detuvo el coche, Hark se apeó, sonrió confiadamente a Serge, y murmuró:

—Perdone el que lanzara a mis hombres contra usted. Era únicamente para ponerle a prueba, porque además... si mi sobrina

se viera en algún peligro, confío en que usted la defendería. Es otra de las condiciones. Adiós, amigo, adiós y buena suerte.

El millonario se alejó.

Para Serge, aunque el asunto no estaba demasiado claro, por lo menos tenía el atractivo del misterio. Era incentivo suficiente para que, por lo menos, sintiera deseos de seguir en el juego para ver en qué acababa todo.

En el mismo Orly, apenas entrar, vio la cola de personal que se formaba ante las mesas de la policía de aduanas. Correspondía al avión llegado de España, y no tardó en ver al amigo que había ido a esperar.

—¡Clarence! —llamó.

Clarence Marco avanzó, sonriente.

Era un muchacho algo más joven que él, deportivo, sonriente, llevaba un par de bolsas de viaje y la tez tostada por el sol de España.

—¡Serge! De veras que no te esperaba... ¿Qué tal?

—¿Qué tal tú, por España? ¿Muchas conquistas?

—He ido a descansar, Serge. Aprovechar el sol.

—Vamos, tengo el coche aquí. Te llevaré donde quieras, y luego, me disculparás. Cierta dama me está esperando.

—¡Serge! Tú sí que eres incorregible... Pero no debías hacer esperar a una dama.

—Cuando doy una palabra, la cumplo. Además, los fines de semana, a veces, resultan demasiado largos. No se puede abusar del placer. Ya conoces mis teorías. No hay que apurar los buenos momentos, sino dejarlos en su justa mitad. La otra mitad, igual que los buenos puros, a veces puede resultar amarga...

—Cinismo se llama esa figura —sonrió Clarence, ya camino del automóvil del detective.

Subieron. Serge, al volante, enfiló nuevamente la carretera, con rumbo a París.

La circulación seguía siendo escasa. Algunos coches de los recién llegados, taxis...

Serge miró distraídamente por el retrovisor, y observó el «Peugeot» que venía detrás. Era uno de los últimos modelos. Aminoró la marcha instintivamente para dejarlo pasar, pero el conductor del otro automóvil no demostró interés alguno en

adelantar.

—Hummm —murmuró Serge.

Clarence se volvió hacia atrás, y no hizo ningún comentario. Serge aceleró hasta alcanzar los cien kilómetros. El «Peugeot» continuaba a marcha lenta.

—¿Qué haces? —preguntó Clarence.

—Nada, nada.

Corrieron un par o tres de kilómetros, y el «Peugeot» volvió a aparecer.

—¿Nos siguen? —preguntó Clarence.

—¿Lo parece, verdad?

—Bueno... Tú eres detective —sonrió Clarence.

—Sí... Y esto empieza a cansarme.

—¿Empieza? ¿Es que... te han seguido antes?

—Sí. No te preocupes. Ahora no tengo demasiado tiempo. Agárrate...

—Cuidado, campeón. Ésta es la hora de los accidentes. Todos se confían.

—Sólo quiero hacer prácticas. —Y Serge pisó a fondo el acelerador.

El «Peugeot» se lanzó abiertamente en persecución del automóvil del detective.

Serge continuaba pisando a fondo el gas para que aumentara la velocidad.

La aguja del cuenta velocidades alcanzaba ya los ciento veinte, y pugnaba para establecerse en los ciento treinta.

Todavía podía forzar un poco más la marcha, y lo hizo.

El «Peugeot» no perdía contacto.

Se aproximaba el desvío de la autopista, y el detective, que circulaba por la izquierda para adelantar a un «Mercedes» que no tenía ganas de correr, le cortó el paso para tomar el desvío.

—Una infracción punible —sonrió Clarence.

El «Mercedes» quedó clavado y el «Peugeot» tuvo que frenar para no embestirle. Cuando pudo avanzar de nuevo, Serge ya había dado la vuelta al trébol, metiéndose por la antigua ruta.

—¿Quiénes son? —inquirió Clarence—. Me refiero a los que te siguen.

—No lo sé, pero si ellos quieren jugar, yo acepto el envite.

Dobló a la derecha por un recóndito camino vecinal, cubierto de vegetación. Una curva le sirvió para quedar oculto.

Serge apagó las luces, y esperó unos instantes.

—No te muevas.

Salió del coche y recorrió algunos metros hasta doblar nuevamente la curva. Al cabo de unos instantes, vio al «Peugeot» pasar de largo. Entonces regresó.

—Ya está —sonrió.

—¿Despistados los seguidores? —inquirió Clarence, divertido.

—De momento, sí. Y no creas que no me hubiera gustado verles el rostro, pero ahora no estoy solo, y tú no tienes nada que ver en esto.

—¿De qué se trata?

—Todavía no lo sé.

—¿Un trabajo especial?

—Más o menos.

—Bueno. Creí que era tu alumno predilecto.

—Sí, Clarence, fuiste un alumno muy aventajado en lo de karate, y en el judo, pero lo de ahora todavía no está muy bien definido, ¿sabes?

—Tu trabajo es apasionante. Realmente apasionante.

—Bien... Te dejaré en tu casa —contestó el detective, frunciendo el entrecejo pensativamente.

En aquellos momentos, se pregunta: «¿Por qué le seguían?».

Tenía que ser Hark... O sus guardaespaldas, pero... ¿Por qué? ¿Qué se escondía detrás del encargo del millonario?

CAPÍTULO III

Gisèle era una hermosa mujer. Hermosa en todo el sentido de la palabra. Bien proporcionada, piernas escultóricas, busto alto, perfecto y cincelado perfil.

No era necesario verla en persona para llegar a la conclusión de que si el hombre sueña en la mujer perfecta, las fotografías que Serge contemplaba en su apartamento de París, correspondían a este ideal.

Eran las fotos que Hark había dado al detective. Los retratos de su sobrina.

Eran varias, y en todas las actitudes. Excelentes fotografías. Gisèle, de cuerpo entero, vestida. Gisèle de perfil, en primer plano, otro primer plano de frente, Gisèle en un mini-biquini, que realzaba sus formas escultóricas. Gisèle en una instantánea en plena calle...

Diffícilmente el detective, ni cualquier lego, podrían olvidar aquella belleza.

Sí. Valía la pena aceptar el trabajo que le había encargado el millonario, aunque sólo fuera por estar cerca de aquella mujer.

El detective guardó las fotografías en el bolsillo, cogió su cepillo de dientes y la pasta dentífrica, y volvió al coche. El deber le llamaba, el deber se llamaba Gigi, y él era hombre de palabra.

La casita, a orillas del Sena, a treinta kilómetros de París, en plena naturaleza, era un antiguo refugio de pescadores fluviales.

Cuando Serge entró en la casa, si alguien hubiese estado cerca habría podido escuchar la bienvenida de Gigi:

—¡Éstas son horas! Bien empieza el fin de semana. ¡No sé cómo no he aceptado la invitación de Henry Villancourt...!

—Cálmate, Gigi —respondía suavemente la voz del detective.

Pero la voz femenina siguió inalterable, dominante. Luego, lentamente se fue ahogando:

—Me prometiste... Glub... Me dijiste que... Cariño, no me beses

de este modo. Así no, que yo... Glub...

Se ahogó por completo. La boca del hombre acalló a la de la mujer.

Comenzaba el fin de semana.

Un fin de semana breve porque, a primeras horas del sábado, y tras dejar una nota a Gigi, Serge abandonaba la casa sigilosamente.

Incluso desfrenó el coche y lo empujó lejos de la explanada para evitar que el motor pudiera despertar a la joven.

Sólo cuando Serge había recorrido la mitad del camino, advirtió la ausencia de las fotos de Gisèle.

—¡La hice! —exclamó.

Mentalmente, imaginó la escena que le daría Gigi cuando descubriera aquellas fotografías.

—¡Sobre todo, la del bikini! —pensó el detective, en voz alta. Luego, se conformó ante lo inevitable:

—Bueno. Gajes del oficio.

Un oficio que, si siempre le había gustado, ahora le parecía fascinante.

A las siete y media desayunaba en un bar bastante cercano al apartamento de Gisèle, de acuerdo con las señas que Hark le había facilitado, anotadas en el sobre de los retratos, pero que Serge ya se había aprendido de memoria.

Desde el bar podía observar la casa de la muchacha.

Fue entonces cuando vio llegar el descapotable. Era un automóvil americano, ostentoso, hermoso, no tanto como la rubia. La rubia era Gisèle.

—Apuesto a que dormirás hasta mediodía —le decía uno de sus acompañantes. Eran cuatro en total, que formaban dos parejas.

—¡Quién dormirá serás tú...! ¡No estás acostumbrado a estos trotes! Yo me largo...

Era Gisèle la que hablaba, y su voz tenía una cierta resonancia en la desierta calle.

Saltó del coche, y añadió:

—¡Vamos, vamos, ya podéis iros a pie! Yo no acompaño a nadie. Me ducho, me cambio y me voy.

—¿Serás capaz de no dormir? —preguntó la chica soñolienta, con grandes ojeras.

—Tú no me conoces bien. ¡Nadie conoce bien a Gisèle! ¡Buenas

noches, dormilones! —Y Gisèle desapareció tras la puerta del moderno edificio de apartamentos.

—Podrías habernos acompañado, por lo menos...

—*¡Chao!* —Fue la réplica de Gisèle.

«Bueno, esto empieza», pensó el detective, que había salido a la calle para observar la escena que tuvo lugar a un centenar y pico de metros del bar donde había tomado su café.

Luego se dijo que Gisèle, la supuesta drogadicta, no respondía en absoluto al tipo de jóvenes que gustan de los relativos placeres que proporcionan los estupefacientes.

A su indudable femineidad, añadía un espíritu abierto, sano, deportivo. No. No podía clasificarse entre las muchachas que del ocio pasan al vicio, en forma de narcóticos.

Salíó del bar, se metió en el coche, y esperó media hora. Fue el tiempo que tardó Gisèle, que había cambiado su maxifalda por un conjunto deportivo, que le permitía mostrar sus piernas en toda su esplendorosa belleza.

Serge emitió un silbido y, en cuanto ella puso en marcha el descapotable, comenzó a seguirla.

No iba tras ella como hubiese hecho un aficionado, sino que empleó cierta técnica, como fue, por ejemplo, cuando dobló a la derecha, a sabiendas de que la calle por la que circulaba la sobrina de Hark terminaría igualmente por desembocar a la derecha.

Después se desvió para volver a encontrarla de nuevo, ya en un bulvar más concurrido por los madrugadores, que habían preferido empezar el fin de semana en la mañana del sábado.

La siguió, de lejos. Resultaba elemental, teniendo en cuenta el llamativo coche crema de la chica.

El auto de ella enfiló por la ruta de Granville y St. Malo.

Pronto circularon de lleno entre los verdes prados del noroeste francés, o entre la fronda exuberante.

Tierra adentro, la carretera serpenteaba el curso del Sena, desde cuyo valle es posible advertir los graciosos meandros que dibuja el río.

Más allá, los fértiles pastos, tranquilos rebaños entre Bretaña y Normandía. Y seguía la carretera.

La joven se detuvo en un parador, y Serge continuó la ruta. Más allá, como a dos kilómetros, había una gasolinera. Se detuvo.

—Llene el depósito —pidió.

—Sí, señor. ¿Quiere esperar en el bar o tiene prisa?

—Tomaré algo.

Se metió en el bar, y aguardó.

Al cabo de veinte minutos, el descapotable crema de Gisèle volvió a pasar. Sin prisas, Serge pagó su consumición y volvió al coche. No le importaba demasiado la distancia que pudiera llevarle la muchacha; prefería no dejarse ver demasiado. Aceleró hasta que, en la lejanía, en una recta, vio el descapotable. Sonrió.

Ella dejó la histórica parte alta de Granville para dirigirse a las nuevas construcciones cerca del mar.

Relatar todo el sábado en Granville, incluidas las excursiones marítimas, sería tanto como hacer un resumen turístico de lo que es posible hacer en esa ciudad normanda.

El clima, menos templado que en el Mediterráneo, en cierto modo, vigorizaba el cuerpo y estimulaba el apetito.

Gisèle estuvo reunida con unos amigos, con los que, al atardecer, partió para Dewill para mezclarse en el mundano ambiente.

Hubo cena, sesión de casino, juego. Pero nada de drogas.

El baile en una *boîte de las de tipo pacífico*, permitió a Serge bailar con un par de turistas inglesas, pertenecientes a familias conservadoras, con apetencias liberales.

Cuando el detective observó que la muchacha se hospedaba en el Normandie, y se enteró de su número de habitación, mediante la correspondiente propina, ocupó su tiempo en distraer a las dos inglesas.

—Vamos a mi apartamento.

Era un hotel más modesto, desde cuya ventana podía vigilar el Normandie.

Bebió con las extranjeras hasta que se revolcaron por el suelo, borrachas. Él seguía incólume.

A las tres, sin perder de vista el Normandie, y con la luz de su habitación apagada, observó cómo la muchacha y su equipaje salían del hotel.

Gisèle abandonaba la compañía, y salía sigilosamente. ¿Por qué?

Dejó una nota a las inglesas, y decidió seguirla, mientras pensaba:

«¿Y cuándo diablos duerme esa chica?».

Continuó la discreta persecución por la desértica carretera que regresaba a París, por Trouville y Lisieux.

Antes de llegar a Bemay, el detective comprendió que la joven no iría muy lejos.

Su coche comenzó a zigzaguear peligrosamente por la carretera para enseguida volver a la recta normalidad de la ruta. Luego, sospechosamente, volvía a efectuar extraños sesgos.

Más allá, Gisèle tomó un cruce y, a menos de un kilómetro, le faltó poco para estrellarse contra un árbol, al llegar a una curva. Tuvo tiempo de frenar en seco. Serge la aventajó ligeramente, y se detuvo.

Ella había asomado y, como sonámbula, salía a pasear.

El detective se aproximó.

—¿Le ocurre algo, señorita?

—¡De sobras sabe lo que me ocurre! —repuso ella, con indiferencia—. ¿Cree que estoy ciega? Viene siguiéndome desde París.

—¡Oh! Es usted muy lista.

—No. Lo que ocurre es que sé que mi tío le ha contratado. Esto es todo. Y ahora, hágame un favor, quiero regresar a casa y dormir un día entero. ¿Quiere llevarme?

—¿Con qué coche? —sonrió él.

—Con el suyo. ¿Qué más da? Llamaré a alguien para que venga a recoger el mío.

—Pueden robárselo.

—¡Y qué más da! Richard está dispuesto a pagarme lo que sea... menos concederme lo que yo quiero.

—¿Y qué quiere usted?

—¡Libertad!

—Tómesela. Es mayor de edad. Aunque me parece que es usted completamente libre.

—Con un detective o lo que sea siguiéndome... ¿Es eso ser libre?

—¿Qué hay detrás de todo esto, Gisèle...? Puesto que sabe quién soy, no creo que sea necesario andamos con disimulos.

—¿Detrás de qué...?

—¿Por qué su tío quiere que la siga?

—Para evitar que me vea con quien yo quiero. Eso es todo.

—Y usted no le abandona por... dinero.

—¿Yo? Está usted de broma. Él administra el dinero que me dejó mi padre. Bastaría exigiárselo, y terminaríamos para siempre con esta comedia... No soy una niña.

—¿Por qué no lo hace?

—Oiga, detective...

—Serge...

—Mire. No debe ser usted muy listo... Resulta demasiado preguntón. Son asuntos de familia.

—Y de drogas...

—¿Qué? —Ella pareció desvelarse por completo.

—Su tío cree que se droga.

—¿Eso le ha dicho? El muy...

—Y yo pienso que él trafica en estupefacientes.

—¡Qué tonto es usted, y perdone la franqueza! En fin... Lléveme, se lo ruego. Estoy cansada, y no me seduce la idea de quedarme a dormir en la carretera.

La chica hablaba con absoluta naturalidad, con el desparpajo que da el conocimiento mundano de todas las circunstancias. En ningún momento pareció pasar por su mente la idea del miedo de quedarse sola con un hombre a las cuatro de la madrugada, y con un sueño absolutamente real.

Él accedió:

—Bien... Jamás un detective ha podido estar más cerca del sujeto a quien sigue. Debe tener usted toda la razón. Soy un solemne tonto. Pero forzosamente tenía que descubrirme. Y lo celebro.

—¡Oh, déjeme dormir!

—Ya dormiré en su casa... Dígame, Gisèle... ¿Por qué su tío quiere seguirla?

—Ya se lo he dicho. Me gusta un hombre. No está en muy buena posición, pero no va detrás de mí por dinero. Él se gana la vida, y le importa un comino que yo tenga o no tenga para vivir, pero Richard Hark ve fantasmas en todas partes... Y no quiero discutir ni exigir. Nos hemos llevado bien... Él siempre se ha portado maravillosamente conmigo... A pesar de sus excentricidades, Richard está anticuado; a su modo, cree velar por mí, sigue pensando que soy una niña. Así que... yo permito que él lo crea,

pero intento hacerle ver que ya no es lo que él imagina. Prefiero que las cosas se arreglen de bien a bien. ¿Comprende ahora?

—Dicho así...

—Pues es así de fácil. Odio las peleas familiares...

Y aprecio a Richard, tanto como él a mí. Sé que, con el tiempo, llegará a comprender.

—Cásese con su chico.

—No. Prefiero esperar. Esas cosas son necesarias pensarlas... Prefiero, por el momento, estar como estoy.

—¿Cuál de esos... «chicos» es el suyo?

—Usted no lo conoce aún. Estos forman parte de una pandilla con la que me reúno, a veces. Tengo amistades en todas partes... Pero ya lo conocerá. Puesto que no va a despegarse de mí... No me importa. Tendrá la información de primera mano. Dígaselo todo a Richard. ¿Eh?

Y ahora, déjeme dormir.

—¿De veras no hay drogas?

—¡Bah! No sea ingenuo. Yo no necesito estimulantes para... Bueno, para disfrutar de la vida. Esto es sólo para los viejos de espíritu. ¿Me deja dormir?

Serge no replicó.

Vio cómo, con absoluta tranquilidad, ella se recostaba en el asiento y, poco después, parecía dormir como los propios ángeles.

Así, de aquel modo, parecía todavía mucho más hermosa. A pesar del cansancio y de las horas de sueño.

CAPÍTULO IV

—Todo esto no es muy normal. Se supone que yo debería andar detrás de usted... —dijo Serge.

Eran las tres de la tarde del domingo, y Gisèle, después de descansar, regresaba al automóvil de Serge, con un pantalón deportivo, una blusa anudada a la desnuda cintura, y una chaqueta a los hombros.

—¿Preferiría adivinar dónde vamos? Eso es más cómodo. ¡Oh! ¡Me siento como nueva! ¿Me deja conducir, Serge?

—¿Adónde vamos?

—De momento, a comprar algunas cosas. ¿Tiene la documentación?

—¿La documentación?

—Vamos al extranjero.

—¿Adónde?

—Secreto. Adivina, adivinanza...

—No me gusta el juego.

—Bueno... pues váyase... Apuesto a que consigo despistarle, y no podrá informar a Richard.

—De todos modos, tendré que decirle esto. No me gusta qué me regalen el dinero.

—Vamos, no sea gruñón. Déjeme conducir, y usted vigile que no nos sigan... No quiero que nadie sepa adónde voy hasta que... haya regresado.

—¿Cuántos días vamos a estar fuera?

—Un par. Más lo que dure el viaje. Ahora voy a comprar una maleta y algunas cosillas. Iremos al *drugstore de La Manile*.

—Está bien. Usted hace de guía, pero cuidado. Sigo estando en el bando opuesto...

—¿No le gusta el dinero de mi tío?

—Me gusta el dinero que cubre mis necesidades pero no lo robo

a nadie.

—¡Quién habla de robar! ¿Cree que mi tío se fía de usted? Apuesto lo que quiera a que nos están es piando. Por eso no he cogido ningún equipaje. Resulta demasiado delator... ¿Sabe qué pienso? Conduzca usted, tendrá más maña para despistar a los que no siguen. —Y como ya se había sentado frente al volante, para cambiar de sitio pasó por encima de Serge y se quedó unos instantes como trabada en las rodillas del detective.

Él sintió el perfume de la muchacha, impregnado de la femenina vitalidad de la joven.

—Bueno... No trate de hacer el don Juan conmigo ¿eh? Sea buen chico, Serge.

Sin replicar, el detective puso el automóvil en marcha. Su propio coche.

Dio un rodeo expresamente para observar si alguien le seguía, pero no supo ver ningún coche que tuviera especial interés por ellos.

Y llegaron a La Manile, sin novedad.

—Creo que ahora es usted la que ve fantasmas —murmuró él.

—Mejor. Estoy tan harta de no poder dar un paso sin que mi tío se entere.

—No ha cambiado nada. Recuerde que yo trabajo aún para Richard Hark...

—Sí, sí, pero es distinto. Lo presiento.

Y cimbreándose juvenilmente, saltó del coche y se perdió en el *drugstore*.

Él salió y la observó desde el vestíbulo del establecimiento. La vio detenida ante la *boutique*. *Entró y salió con un abultado paquete, luego se detuvo en la sección de discos.*

La espera de Serge duró una media hora aproximadamente. Gisèle salió con una maleta y los paquetes.

El detective no había cesado de observar los alrededores de la calle ni el establecimiento. Lo primero, para descubrir si se acercaba alguien que mostrara deseos de vigilarle a él; y lo segundo, para evitar que la avispada Gisèle pudiera darle esquinazo. No obstante, no ocurrió nada anormal, si bien Serge no estaba del todo convencido de que las cosas se desarrollaran de una forma lógica.

Allí fallaba algo. Trataban de ganarle por la mano, de jugarle

alguna trastada, pero ¿cuál?

—¡Ayúdeme, por favor! —exclamó ella, aproximándose al coche —. Voy a meter todo esto en la maleta.

—¿Habrá suficiente maleta para todas esas... chucherías? —sonrió él, con ironía, al ver la cantidad de compras que había efectuado la chica.

—¡Oh, abra y no discuta! Ya sabe que las mujeres somos incontrolables, cuando vamos de tiendas.

Desató los paquetes. Llevaba vestidos, falda-pantalón, *shorts*, una blusa, pañuelos, un muñeco de felpa, un magnetofón cassettes, un cartón de tabaco...

La maleta era bastante grande, pero, una vez colocado todo dentro, venía justo.

—No he pagado nada. Los que inventaron las tarjetas de créditos merecen un monumento —sonrió ella—. Voy a poner la maleta detrás... ¿Me ayuda?

Serge abrió el portaequipajes, donde había una manta y una rueda de recambio, junto con la caja de herramientas para casos de emergencia. Lo dejó todo a un lado para que cupiera la maleta.

—¡A Strasburgo! —anunció ella.

—¿Qué?

—Vamos a Alemania, mi querido y benévolo detective. Allí me reuniré con el hombre que yo quiero... Me esperará en Kehl. ¿No quiere venir?

—De acuerdo, de acuerdo, pero son ya más de las cuatro...

—No importa. Nos quedaremos a dormir por el camino. Hasta mañana al mediodía, no es la cita. ¿Le importa?

—Usted manda.

—¿Conduzco yo?

—Con tal de que no me estropee el coche.

—Me encantan estos utilitarios. Vigile, ¿eh? No me gustan los mirones. Prefiero tenerlos cerca... así, como está usted —le guiñó el ojo, y, poco después, ponía en marcha el coche.

No. No parecía seguirles nadie.

La distancia que tenían que recorrer, siguiendo la ruta de Nancy, era de unos cuatrocientos kilómetros aproximadamente. El promedio, en ningún caso podía ser superior a los noventa, por lo que había que convenir que llegarían a Strasburgo hacia las nueve

de la noche, si no ocurría ninguna incidencia.

El viaje se realizó, desde el principio, con absoluta normalidad. No parecían un detective y su perseguida, sino una pareja corriente, en plan de vacaciones.

En aquellas horas, encontraron mucho tránsito de vuelta porque el fin de semana estaba concluyendo; los que habían salido en viernes o en sábado consumían el resto del día por la carretera de regreso a París.

Hacia las seis, Gisèle sintió apetito, y se detuvieron en un restaurante de la carretera. Se llamaba Bonne Rute.

Serge aprovechó para telefonar a París, pero el teléfono de Gigi no contestó. Se encogió de hombros, y acompañó a Gisèle para tomarse una empanadilla, un café y un vaso de vino de Alsacia.

—No hay como nuestros blancos de Alsacia, ¿no cree?

Ella prefería la cerveza, y se encogió de hombros.

—Los de mi casta, antiguamente, sólo bebían champaña... Yo no he salido a ellos. No es que me disguste el champaña, pero... no podemos quejarnos de nuestra cerveza.

Conversación intrascendente, que concluyó con la breve cena, para proseguir la ruta.

Eran las nueve y veinticinco cuando llegaron a Strasburgo.

—Prefiero dormir en mi patria —dijo ella.

—Podríamos cruzar la frontera.

—No. Hay un buen hotel aquí. Ahí está. Doble por la primera, a la derecha, como si fuera hacia el parque del Rin.

Llegaron a la gran plaza desde donde arrancaba la amplia carretera que conducía a la frontera.

Las luces se reflejaban en el río que senda de frontera entre Francia y Alemania. Allí estaba la enorme explanada, a orillas de la corriente fluvial, mansa como un enorme lago. Más allá, el puente y la frontera del lado francés, luego el paso hacia Alemania.

El hotel estaba en una esquina. Era un moderno edificio, que rompía la grata monotonía de las construcciones típicas de Alsacia-Lorena, que se confundían con las típicamente germanas, al otro lado de la línea fronteriza.

Se detuvieron frente a la puerta.

—Habitaciones separadas, por supuesto —advirtió ella.

—Lo que usted diga, Gisèle.

—Deje el coche en el garaje. ¡Ah! Antes, sacaré algunas cosas de la maleta.

—¿No la quiere?

—Sólo necesito el cepillo de dientes.

—¿No necesita ropa para dormir?

—¿A usted qué le parece?

—Bueno, un camisón...

—Esto es cosa que usted no sabrá nunca —sonrió la joven.

—Peor para mí.

Fue al portaequipajes, y ella eligió la ropa; seguidamente, tomó, tal como había dicho, el cepillo de dientes y la pasta dentífrica que iba en un estuche que se había comprado en el *drugstore*, y murmuró:

—Lista. ¡Ah! Me inscribiré personalmente. Haga usted lo mismo.

—¿Cree que hay que tomar precauciones?

—Mi novio es un poco celoso... sólo un poco. Hay veces que conviene guardar las apariencias.

Él no contestó. Vio el garaje al lado mismo del hotel, y allí introdujo el auto.

Cuando llegó a la recepción de aquel hotel de tres estrellas, clase A, Gisèle ya se había inscrito, y caminaba hacia el ascensor.

—¿Trae equipaje el señor? —preguntó el empleado.

—Sí, pero... Por una noche lo he dejado en el coche.

—Bien, señor. El precio es... ¿Va solo, verdad?

—Pues digamos que sí.

—Tendrá que ocupar una habitación doble... Cincuenta y cinco francos.

—Tome. Pagaré ahora —contó algún dinero, y lo dejó sobre la mesa—. Tráigame cerveza, *whisky* y... bueno, de momento, nada más, guárdese el cambio.

—Gracias, señor. Avisaré al bar para que le sirvan. ¡Botones! Habitación cuatrocientos quince para el señor.

Desde su habitación, abrió la terraza sobre el Rin. La vista era fabulosa.

Sin embargo, al volverse, vio que alguien le observaba, con una sonrisa en los labios.

—¡Hola! ¡El mundo es un pañuelo! —dijo la mujer. Desde luego, era Gisèle.

—¡Oh! Ésta sí que es una sorpresa —bromeó él.

—¿Cuánto le ha costado que le dieran esa habitación?

—Cincuenta y cinco francos...

—¿Sin propina?

—No sabía la habitación que ocupaba usted, pero lo hubiese averiguado, de todos modos.

—Hay una puerta que comunica, Serge; no voy a cerrarla, pero confío en que usted será un caballero.

—Nunca he entendido demasiado bien a las mujeres.

Lo último que aprendí es que cuando dicen que no es que sí... Y viceversa.

—En ese caso, voy a cerrar la puerta. De veras, Serge —añadió ella, con seriedad en su voz—. Soy una chica... bastante formal. Ya me irá conociendo.

Más tarde, cuando se reunieron los dos en el bar del hotel, les llamó la atención la insistente bocina, característica de los coches patrulla de la policía.

Había algún movimiento en el hotel. Mozos que hablaban al oído, correrías del personal.

Serge se acercó a la recepción, pues desde el bar podía verla. Allí habían acudido algunos empleados del establecimiento.

—¿Qué ocurre? —inquirió—. ¿Se ha detenido aquí el coche de policía...?

—Nada, señor. Es un accidente.

Serge miró hacia la puerta, y avanzó.

—¿Qué pasa? —preguntó la muchacha, acudiendo junto al detective.

—Todavía no lo sé —replicó él, comprobando seguidamente que en la calle se aglomeraban policías, coches y algún curioso noctámbulo.

De las puertas del garaje, unos camilleros sacaban a alguien para transportarlo en una ambulancia.

Un hombre, con trazas de policía de la brigada criminal de Strasburgo, informaba a alguien:

—No hay nada que hacer. Ha muerto.

Serge y la muchacha, como una pareja más de transeúntes, se aproximaron. Alguien parecía saber parte de lo ocurrido. En tales casos, siempre hay enterados, que se convierten en gratuitos

informadores:

—Han matado a un hombre, en la puerta del garaje. El portero creía que se había desvanecido, pero en seguida vio que tenía sangre en el pecho... Aún se ve la sangre, al principio de la rampa.

Serge no pudo aproximarse porque los gendarmes impedían el paso.

El informante seguía diciendo:

—Por lo visto, han utilizado un revólver con silenciador...

La ambulancia se alejaba, haciendo funcionar insistentemente el claxon sirena.

Quedaron algunos gendarmes, y los agentes de la brigada criminal efectuaban preguntas.

El portero no cesaba de repetir:

—El hombre trató de entrar, pero luego se detuvo un coche, y salieron dos individuos y comenzaron a perseguirle. Le vi caer, de pronto, pero no oí ninguna detonación.

—¿Está seguro de que el hombre iba a entrar en el garaje? —preguntó el policía.

—Completamente seguro.

—¿Era cliente?

—No, señor. El garaje está reservado únicamente para los clientes del hotel. Nunca había visto a ese hombre.

Serge se volvió hacia la muchacha.

—¿Puede tener esto algo que ver con nosotros?

—¡Oh! Ahora es usted el que ve fantasmas. ¿Por qué?

—Me gustaría echar una ojeada al coche...

—Si esto le tranquiliza... —sonrió ella.

Serge bajó al garaje, y fue hacia el automóvil. Lo examinó atentamente. No existía señal alguna que indujera a sospechas. Abrió el portaequipajes. Todo seguía igual. Abrió la maleta de Gisèle. Allí estaba la ropa, todo, sin el menor signo sospechoso. Cerró y lo dejó tal como se encontraba.

CAPÍTULO V

—¿Desde Strasburgo? ¡Tienes el valor de decirme que me llamas desde Strasburgo, el lunes a las nueve de la mañana! —gritó la voz femenina, desde el otro lado del hilo telefónico.

Era Gigi, naturalmente, y el que llamaba, Serge, mientras, desde el bar donde había tomado su café, esperaba que Gisèle bajara de su habitación.

—Querida... Ya te expuse, en la nota que te dejé, que se trataba de un asunto de trabajo —repuso Serge pacientemente.

—¡Trabajo! —espetó la voz de Gigi—. Ya he visto los «planes» de tu trabajo...

—Gigi, escucha...

—Escucha a tu Gisèle.

—Ya sé que me olvidé esas fotos... Escúchame, guárdalas, y no hagas ninguna tontería. Se trata de...

—¡Ya sé de qué se trata! —cortó ella, y fue completamente imposible frenarla... Se había «disparado», y era más rápida que una ametralladora.

Para Serge, en aquellos casos, sólo existía una solución, dejarla hablar o colgar el teléfono.

Tuvo que hacer lo último, al ver a Gisèle, que se aproximaba, radiante.

—¡Hola, detective mío! —sonrió, aproximándose.

—¡Disculpa, encanto! —cortó Serge a Gigi, a la que su fino oído y la sonoridad del teléfono habían permitido que escuchara aquel «detective mío».

—¡Yo te daré detective mío! —espetó, pero Serge colgó el aparato definitivamente.

—¿Dificultades domésticas? —sonrió Gisèle.

—Soy soltero.

—¡Ah!

—¿Dispuesta?

—Aún es pronto. Me gustaría dar una vuelta por la ciudad.

—Sacaré el coche.

—Prefiero pasear.

—A su gusto.

Ella tomó un café con leche y un *croissant*; luego, ambos salieron a la calle.

El día era radiante.

—¿Por qué Alemania? —preguntó Serge a la muchacha.

—Bueno. Mi hombre tiene sus pequeños negocios... Además, es más discreto que nos veamos en un país extranjero... La próxima semana, seguramente, nos encontraremos en España... No podrá quejarse por la información.

—Me gustaría conocer a... «su hombre».

—Se lo presentaré. No se preocupe... ¡Ah! Y antes de que... tengamos que despedirnos, quiero agradecerle su ayuda.

—Es que no pienso despedirme.

—Sea bueno, Serge... No va a convertirse en mi sombra cuando esté con él —sonrió Gisèle.

—¿Regresará con usted?

—No...

—Bien. Entonces, va a necesitar a mí para que la lleve.

—Si es tan amable...

—Tendré que seguir siendo su sombra, pero lo haré discretamente.

—Me resignaré —aceptó ella.

El paseo dio término al cabo de una hora, durante la cual, Gisèle se encaprichó de algunas chucherías. Tomaron buena cerveza alsaciana, y regresaron al hotel.

El inspector Delanuit les dio la bienvenida:

—¿Señor Segal?

—Serge Segal, sí.

—Tiene un coche en el garaje, un...

—Sí, sí, un utilitario.

—Bien. ¿Le importaría acompañarme?

—¿Adónde?

—Estamos intentando aclarar un crimen que se produjo anoche.

¿No se enteró?

—Sí. Me enteré. Incluso estuve en el garaje. ¿De qué se trata, inspector?

—No lo sé concretamente, pero el hombre que fue asesinado buscaba algo en los coches... Estamos registrándolos. ¿Le importa que vea el suyo?

—No hay mucho que ver.

—Prefiero que el propietario esté presente. ¿Se dirige a la frontera o regresa?

—Nos dirigimos a Kehl... de momento.

—¿Mucho equipaje?

—Una maleta. Puede verla, si quiere.

Bajaron al garaje. Gisèle acompañó al detective y al inspector. Dos agentes de paisano se unieron a ellos, en la puerta.

Después, el detective abrió el portaequipajes.

—Véalo usted mismo, inspector.

—Gracias.

Gisèle se mostraba indiferente y, por lo bajo, murmuró:

—Vaya fastidio.

—¿Puede abrir la maleta? —inquirió el policía.

—Supongo que sí.

—Está abierta, cariño —sonrió ella.

El detective pulsó el resorte, y la maleta quedó abierta, con todo el equipaje de la muchacha.

—¿Usted no tiene equipaje? —preguntó el policía.

—Pues no.

—¿No viajan juntos...? La señora ha dicho que la maleta era suya, ¿no?

—Señorita —rectificó ella.

—¡Ah, perdón!

Serge aclaró:

—Soy detective privado. Se supone que la vigilo, por orden de su tío.

—¡Oh! —sonrió el policía—. Bien. No les molesto más. Y perdonen. Es pura rutina.

El policía indicó a sus hombres que regresaran, pero el detective le hizo una seña:

—Perdón...

—¿Sí?

—¿Qué busca, concretamente?

—Pues no lo sabemos...

—Tiene gracia —repuso Serge.

—Mire. Confidencialmente... Ese hombre que ha muerto estaba fichado... Trabajos de escasa importancia hasta que se mezcló en un asunto de drogas.

—¿Se supone que se dirigía aquí para introducir drogas o para robarlas? —preguntó el detective.

—Pues no lo sabemos... Andamos a ciegas. Éste siempre ha sido un lugar, digamos... relativamente tranquilo.

—Inspector... Me llamo Serge Segal...

—Sí, sí... Y ha escrito varios libros. Lo sé.

—Lo celebro.

—Yo no tengo relación con traficantes. Es decir... los que he conocido están en la cárcel.

—Lo sé —sonrió el inspector—. La verdad es que yo también soy de París. Hace poco me trasladaron aquí. Feliz viaje. —Y le guiñó el ojo.

Al quedarse a solas con Gisèle, la miró fijamente.

—Bueno... ¿A qué viene esto? No me mire así. Yo sé tanto como usted de esto...

—Drogas —murmuró.

—Sí, drogas. Las odio tanto como pueda odiarlas usted. ¡Bueno, no las odio! Me dejan indiferentes... ¿Qué pasa?

Serge quedó pensativo.

—Nada, vamos...

—¿Qué es lo que está pensando?

—Nada.

—¡Vamos, señor Segal, ya está bien de suspicacias! Si no quiere llevarme al otro lado, iré en taxi. Sólo tengo que cruzar el puente. ¡No me importa que venga detrás! —Y la muchacha dio media vuelta, resuelta a salir del garaje.

—¡Gisèle!

—Váyase al diablo...

—Escuche, Gisèle...

—¡No, escuche usted! Desde el primer momento, se lo he confesado todo... He sido sincera, y ahora, por su forma de mirarme, se diría que...

—Gisèle, no conozco a su tío, ni a usted siquiera. Para definirla tendría que decir que es una muchacha de apariencia agradable, muy bonita, pero que se comporta de un modo extraño.

—Será la última vez que me siga, señor Segal. Se lo aseguro. Puede informar a mi tío. El nombre de mi amigo es Clarence Marco, y nos vemos desde...

—¡Un momento! —cortó él, al oír el nombre que la muchacha acababa de pronunciar—. ¿Cómo ha dicho?

—Clarence Marco, y puede usted decirle a mi tío que...

—Clarence Marco... Debe tratarse de una coincidencia.

—¡No me diga que le conoce!

—El viernes por la noche fui a Orly a esperar a un amigo mío, llamado Clarence Marco.

—¡Que venía de España! —exclamó ella.

—De la Costa Brava —murmuró él.

La fresca sonrisa de la muchacha resonó por todo el garaje.

Y entrecortadamente por las mismas carcajadas, Gisèle comentó:

—¡Y luego, hay personas que no creen en las coincidencias! ¡Esto hay que celebrarlo! ¡Vamos! Ahora sí que me apetece un buen champaña.

CAPÍTULO VI

Apuraron unas copas, con lo que hicieron las paces. Ella parecía confiar plenamente en el detective, y él se sentía profundamente intrigado por aquella coincidencia.

Regresaron al garaje, saliendo inmediatamente en dirección al puente internacional.

Cruzaron por la aduana francesa, sin más requisito que mostrar su carta de identificación.

Se detuvieron en el puesto de policía germano. Un correcto oficial examinó su documentación.

—¿Tienen algo que declarar? —inquirió en su idioma, que se apresuró a traducir en francés.

Serge, haciendo alarde de conocimientos lingüísticos, repuso en el idioma del policía de aduana:

—Absolutamente nada.

—Buen viaje, señores.

Cruzaron la frontera. Serge miró hacia su derecha donde, al lado mismo del puesto fronterizo, estaba la oficina de cambio.

—Me detendré aquí. Si he de pasar un par de días, necesitaré dinero.

—Habría podido detenerse en Francia, le hubiesen hecho mejor cambio.

—¿Qué más da? De momento, sigue pagando su tío.

—Entonces... ¡bravo! —sonrió ella.

El amplio contorno de la entrada alemana, con su enorme explanada excelentemente pavimentada, sus modernos edificios de banca, la estación del ferrocarril, con su restaurante en la planta baja y las tiendas, más allá otro restaurante, algunas casas en la parte derecha, y la carretera que se dirigía a la autopista. Todo limpio, bien cuidado y bajo el calor del sol en un cielo claro-azul...

Serge salió de la oficina, después de cambiar mil francos.

—¡Allí está! —gritó ella.

En la misma estación del tren, en una de las puertas del gran vestíbulo, a unos doscientos metros de la oficina de cambio, apareció la figura de Clarence.

Serge estaba con ella. A pesar de la distancia, reconoció a su amigo.

El encuentro tuvo lugar un minuto después.

—¡Serge! Pero... ¿Acaso conoces a Gisèle? ¡Oh! Esto es fantástico...

—Bueno, tanto como fantástico... Pero el viernes bien podías haberme dicho que... —repuso el detective.

—Casi no tuvimos tiempo de vernos. Además, lo de Gisèle empezó hace poco. Te la hubiese presentado, de todos modos. ¡Gisèle! Serge es mi mejor amigo, aunque esto suene a tópico. Él me enseñó muchas cosas...

—Bueno, para el carro de los halagos... Cuando sepas por qué estoy aquí con ella, seguro que te hará menos gracia.

—Es mi espía —sonrió ella, juvenil.

—¿Tu qué...?

—Te hablé de un trabajo, ¿recuerdas...? Bien, pues ahí tienes mi trabajo. ¡Tu Gisèle!

Clarence frunció el entrecejo, pero, ante la abierta carcajada de la muchacha, también terminó por reír.

Los tres, como locos, parecían disfrutar de una fiesta, ante la sesuda y grave mirada de algún que otro natural del país, que se dirigía a la *banhof* de Kehl ⁽¹⁾.

Comieron en el restaurante, a base de un consomé típico: sopa de rabo de buey, carne con abundante salsa y las inevitables *kartoffel* ⁽²⁾, fruta variada, café y cerveza. Clarence pidió un *weinbrand* ⁽³⁾.

⁽¹⁾ *Banhof*, estación en alemán.

⁽²⁾ *Kartoffel*, patatas en alemán.

⁽³⁾ *Weinbrand*, coñac elaborado en Alemania, de paladar muy suave.

Los tres estaban al cabo de la calle, con respecto a las circunstancias del viaje y la presencia del detective.

—De modo que el viejo se preocupa por Gisèle hasta el punto de mandarle seguir... Bueno, me alegra que seas tú —comentó

Clarence Marco—. Pero no me gusta esto... No dudo de que Hark sea un hombre excelente, pero Gisèle tiene edad para hacer lo que se le antoje. En fin... ¿Cómo resolverás esto?

Serge se encogió de hombros.

—Devolveré a Hark el anticipo que me hizo.

—No seas idiota. ¿Para qué? —inquirió Clarence.

—Porque me gusta jugar limpio.

—Es mejor que no le digas nada aún —adujo Clarence—. La próxima semana tendré que volver a España.

—¿De vacaciones, otra vez?

—No, para mi nuevo trabajo. Estamos tratando de abrir nuevos mercados, con la Brewster francesa, ya sabes, filial de la compañía inglesa de electrodomésticos. Estoy realizando un trabajo de captación, que puede tener un gran porvenir. Y me interesa. Algún día me gustará mantener a Gisèle. Ella ya sabe mis condiciones...

—¿Y qué pinto yo en todo esto?

—Prefiero que seas tú quien haga de espía. Hark pondría a otro, que tal vez tergiversaría lo que viera... Tú serás ecuánime. Puedes decirle claramente que Gisèle se ve conmigo. No quiero que me hagas propaganda. Soy mayor de edad, y ella, también. A Hark no debe importarle lo que hagamos, pero tampoco me gustaría que pensara que trato de aprovecharme.

—¡Qué tonterías dices! —adujo ella.

—Tal vez, cariño, pero no me fío de quien no se fía de ti, ni de mí —repuso el amigo de Serge.

—De acuerdo, lo haré por vosotros. Soy un sentimental —sonrió Serge.

—Bueno, ahora nos dirigiremos a Heidelberg. ¿Has estado en Heidelberg?

—Sí, algunas veces. Conozco algo este país.

—Pues allí vamos, por motivos de mi trabajo. Tengo una conferencia y un día libre, que pasaré con Gisèle. Estás invitado, si quieres...

—¿Para hacer de «carabina»?

—Para que la llesves a pasear durante la conferencia. Sé que puedo fiarme de ti, a pesar de... que eres un don Juan.

—Sí que lo es —bromeó ella.

Rieron. Y la alegre reunión prosiguió hasta que decidieron

continuar el viaje.

—Ven detrás —dijo Clarence, mientras, como era lógico, Gisèle subía en el auto del amigo de Serge.

—¡Eh! ¿Y por qué no hicisteis el viaje juntos, desde París? —preguntó Serge, antes de subir.

—Para evitar que nos siguieran —sonrió Clarence, guiñándole el ojo.

Luego, se pusieron en marcha hacia la autopista de Fráncfort.

«¿Era normal todo aquello?», se preguntaba el detective.

Se alojaron en el mismo hotel.

—¡Oh, mi maleta! —recordó ella—. Está en tu coche, ¿recuerdas?

—Es verdad... Voy por ella —repuso el detective.

Había dejado el coche fuera, en el aparcamiento de la gran plaza. Serge la sacó del portaequipajes y, al hacerlo, falló el cierre y se abrió, desparramándose el contenido. Los trapos y demás cosas que había comprado la muchacha en el *drugstore parisiense* cayeron sobre el asfalto.

—¡Oh! No la cerraste bien en Strasburgo, cuando el policía la registró —dijo ella.

Desde que habían afianzado su amistad, se tuteaban como buenos amigos.

Clarence intervino, extrañado:

—¿La policía?

—Asesinaron a un hombre en el garaje del hotel donde nos hospedamos —explicó ella.

—¿Un asesinato? —preguntó Clarence, frunciendo el entrecejo.

—¡Sí! —sonrió ella—. Y el ladrón parece que estaba mezclado con no sé qué asunto de drogas. Y no sabes lo mejor, nuestro buen amigo, el detective, sospechaba de mí...

—¿De ti? ¿Qué significa todo esto? ¿Es una broma?

—Cree que Richard trafica en drogas.

—Pues no me extrañaría que lo hiciera —repuso Clarence—. Nunca he creído en los que consiguen grandes fortunas, partiendo de cero... Algo turbio ocultan...

—¿Te das cuenta? —murmuró Serge, mirando a la muchacha.

—¡Oh! ¡Dónde he ido a parar, señor! ¡Ahora sois dos los que estáis contra mí! Pues bien, si Richard traficara en drogas, yo sería

la primera sorprendida... Y basta de hablar mal de mi tío. No se porta muy bien haciéndome vigilar, estoy de acuerdo, pero es únicamente porque me aprecia... Cada cual es como es, y hay que aceptarle con sus virtudes y sus defectos. ¿O es que los dos os creéis los seres más perfectos de la Creación?

Cerró la maleta, y dio media vuelta, fingiendo una actitud airadísima.

Clarence agrandó los ojos, levantó los hombros e hizo una mueca como queriendo decir:

—Dejémosla... ¿Eh?

Mientras Serge cerraba el coche, Clarence avanzó hacia el hotel.

El detective le siguió un momento después, mirando distraídamente hacia una esquina de la plaza. Vio perfectamente a un hombre joven, que parecía haberle estado observando.

El hombre desapareció inmediatamente, y Serge no le dio mayor importancia a la cosa.

CAPÍTULO VII

Tras la cena, Gisèle y Clarence se quedaron a bailar en la sala de fiestas del hotel, y Serge salió para deambular por el romántico Heidelberg. Al anochecer, las luces del puente, encendidas, el castillo, los monumentos, todo cobraba un aspecto fantástico, bello.

Serge cruzó el puente. Se detuvo para encender un pitillo y, al arrojar el fósforo, creyó ver al hombre que antes estaba en la esquina del hotel. Avanzó despacio, y pudo apercibirse de que el individuo iba en la misma dirección.

El tránsito era escaso. Los alemanes, en general, son poco dados a trasnochar, fuera de sus hogares. La gente no suele pasear, por lo que era fácil para Serge darse cuenta de que no era simple casualidad el que aquel hombre siguiera el mismo camino.

Aceleró el paso y, al llegar a una plazoleta, dobló por la Detmold Strasse y se metió en el primer callejón. Desde allí pudo oír el repiqueteo de los zapatos de su seguidor. Aguardó el momento preciso en que el individuo iba a cruzar, desorientado, buscándole.

—¿A qué jugamos, amigo? —inquirió.

El otro se revolvió, raudo, ante la sorpresa. Serge iba a sujetarle, pero el desconocido, con increíble agilidad, metió la mano en un bolsillo, y sacó un objeto, que produjo un ruido característico.

Serge se apartó para ver el brillo inconfundible de una navaja automática.

El desconocido intentó atacarle, soltándole una cuchillada en dirección al bajo vientre.

A otro que no hubiese sido como el detective, buen conocedor de la técnica de la defensa personal, la hoja se le hubiese hundido en la carne, agujereándole los intestinos.

—¿Llevas malas intenciones, eh? —comentó el detective, evitando el golpe fatal.

Intentó, con una llave, desarmar a su enemigo, pero éste

demostró ser también un buen técnico en auto-defenderse y, con una contra-llave, evitó la presa de Serge.

—¡Perro! —masculló.

—Tú eres el perro... ¡Vamos! Quiero saber por qué me sigues...

La respuesta del agresor fue un amago hacia la izquierda, para blandir seguidamente la navaja en dirección a la derecha.

Preciso y contundente, el detective evitó, una vez más, la acometida, golpeando el antebrazo de su enemigo.

No consiguió hacerle caer la navaja, y, con ademán de judoka, el agresor mantuvo la distancia.

Por espacio de quince segundos, los dos hombres estudiaron sus posibilidades.

—No quieres soltar la lengua, ¿eh, valiente? —murmuró el detective.

El agresor hizo dos amagos, que no pudieron desorientar a Serge que, a su vez, pasó al ataque, amenazando con las manos para tomar impulso y lanzarse con los pies por delante.

El agresor recibió el golpe en el pecho y cayó de espaldas al callejón. Se levantó de un salto, trató de atacar, pero otra vez se vio en el suelo, impulsado por otro acrobático salto de Serge.

Al levantarse, Serge pudo sujetarle bien el brazo armado y voltearlo. Su enemigo lanzó un grito de dolor, y soltó la navaja. Y ya completamente a merced del detective, recibió un golpe preciso en el pecho, que le dejó medio atontado.

—¡Habla! —exigió Serge, sujetándolo por la chaqueta, mientras le empujaba hasta hacerle dar con la espalda en la pared.

El otro jadeaba, por la sorda y rápida lucha sostenida.

—¡Vamos, habla! ¿Quién te envía? ¿Por qué me atacaste?

—Si no lo hago yo, lo harán otros. El Lobo no perdona.

—¿El Lobo? ¿De qué diablos me estás hablando?

—Ya lo sabrá.

—Quiero saberlo ahora... ¡Vamos! No me gusta el juego, y prefiero terminar la partida cuanto antes.

—Suélteme...

—¡No!

—Suélteme y hablaré.

El detective obedeció; su agresor se arreglaba la ropa, recobrándose y acompasando su respiración.

—¡Vamos!

En aquel momento, en la esquina apareció alguien. Miró un momento. Serge comprendió que se trataba de un compinche de su agresor, que al instante gritó:

—¡Al suelo, Pierre!

Un arma surgió de algún lugar. Era un revólver al que le había sido aplicado un silenciador. El recién surgido por la boca del callejón disparó rápido, y lo hizo contra el detective que, un segundo antes, se lanzó al suelo.

No había surgido ni un solo estampido, únicamente el inconfundible chasquido que producen las armas equipadas con el tubo silenciador, y el sonido del rebote del plomo en la pared.

Amparándose en la oscuridad, el detective rodó sobre sí mismo, al tiempo que sacaba su pistola automática del bolsillo.

El llamado Pierre echó a correr.

—¡Cuidado, tiene un arma!

Serge disparó, sin contemplaciones, aunque no lo hizo a matar. Su bala se perdió, por no haber podido precisar, pero la siguiente alcanzó la pierna del agresor, que cayó cerca de la entrada del callejón, lanzando una maldición.

—¡Deprisa! —gritó el que había salido en su ayuda—. Se ha armado demasiado ruido.

Pierre se arrastró desde el suelo, pidiendo:

—¡Ayúdame!

Todo esto, naturalmente, sucedía en fracciones de segundo, y Serge disparó una vez más para obligar a los dos compinches a quedarse quietos, pero el del silenciador vació su cargador, obligando a Serge a parapetarse en un portal.

Seguidamente, el individuo ayudó a Pierre, que ya había salido de la línea de tiro, exclamando:

—Aguanta. Tengo el coche en la esquina...

—Llegaste demasiado tarde.

—¡Y yo qué sabía dónde te habías metido!

—Se dio cuenta de que le seguía —repuso el otro, metiéndose ya en un coche negro, con matrícula de Heidelberg.

El detective asomó en el momento preciso en que el automóvil se ponía en marcha. Pudo fijarse bien en la matrícula.

En la calle, los disparos habían hecho asomar a algunos curiosos.

Tal vez alguien hubiese llamado incluso a la policía, pero en aquellos momentos Serge sólo pensaba en dar con aquel coche. Corrió hacia la esquina, y le vio perderse por una calle recoleta.

Miró a ver si pasaba algún taxi, pero no vio ninguno. La parada más próxima estaba en la plaza, y quedaba demasiado lejos, y en dirección opuesta a la que tomó el vehículo.

Sólo tenía una esperanza. Buscar al propietario de aquel coche...

CAPÍTULO VIII

El inspector Winkel, de la brigada criminal de Heidelberg, escuchó el breve relato de Serge Segal, y tomó unas notas. Luego, en su idioma, dio una orden a un agente de uniforme.

—Averigüen esto. —Y volviéndose hacia el francés, preguntó—: Supongo que estará seguro del número de la matrícula.

—Completamente, inspector.

—¿Y los individuos, no eran alemanes?

—El que luchó conmigo hablaba perfectamente el francés, pero el otro tenía acento alemán, me di cuenta en las pocas palabras que pronunció...

—Pero hablaba francés.

—Sí, inspector.

—Y usted... ignora por qué le atacaron.

—Lo ignoro, aunque intentaré averiguarlo; pero necesito su ayuda, inspector. No tenía ningún coche a mano para seguirles... Si lo hubiese habido...

—¿No estaría usted aquí, verdad? —sonrió el policía, un tanto sarcásticamente.

—Seguramente que no —admitió Serge.

—Déjeme ver su documentación, señor Segal.

—Sí, desde luego —Serge se la entregó al inspector, la examinó minuciosamente.

—¿Detective privado, eh?

—Ya se lo he dicho antes...

—¿Tiene licencia de armas?

—Desde luego.

—¿Para usarlas?

—Ahí tiene. —Y el francés mostró los certificados correspondientes.

—¿Qué hace usted en Alemania, señor Segal? —preguntó

parsimoniosamente el policía.

—He venido acompañando a una persona.

—¿Dónde se hospeda?

—¡Oiga, inspector...! ¿A qué vienen tantas preguntas? Yo he disparado en defensa propia. Hubiera podido matar a esos individuos, pero creí que bastaría con herir a uno. Es a ese hombre al que deben buscar, y al que le acompaña...

—Ya he pasado orden de que se investigue quién es el propietario de ese coche, señor Segal. Pero me temo que deberá tener paciencia. No es tan fácil, a estas horas. Mañana estaremos al corriente de todo, pero comprenderá que tengo que hacerle unas preguntas; un tiroteo en la calle no es una cosa normal, altera el orden, y nosotros estamos aquí para velar por los ciudadanos, y también por quienes nos honran con su visita.

—Gracias, inspector, pero temo que esté usted perdiendo el tiempo. Ordene buscar ese coche. Ya les he dicho la dirección que había tomado.

—Yo sé lo que tengo que hacer, señor Segal. Vamos, tranquilícese, haremos lo que esté a nuestro alcance para atrapar a sus agresores, porque me temo que volverán a molestarle... Sí, como usted dice, pretendían matarle, lo intentarán de nuevo. ¿No cree?

—Me gustaría que lo hicieran.

—Es usted muy temerario.

—Me gusta zanjar los asuntos cuanto antes.

—Esperemos que no sea aquí, señor Segal. No me gusta que se altere el orden en mi distrito. Desgraciadamente, ya tenemos nuestro cupo de gamberros con espíritu de imitación. Tratan de copiar todo lo que ven en el extranjero...

Había un cierto tono burlón en las palabras del policía. Serge se impacientó:

—Bueno, inspector, pregunte lo que quiera. —Y para sus adentros, añadió—: «Y yo contestaré lo que me dé la gana».

Dos horas más tarde, en el bar del hotel, mientras tomaba la última copa, Serge contó a Gisela y a Clarence lo ocurrido.

—¿Y no les conocías de nada? —preguntó su amigo.

—En absoluto.

—Recuerdo que en el aeropuerto... al salir, cuando me llevabas

a casa, nos venía siguiendo un coche. Puede tener algo que ver — adujo Clarence.

—Lo de París lo atribuí a Richard Hark.

—¿Mi tío?

—Bueno, quizá quería asegurarse de si aceptaría su encargo o no.

—Eso sí podría ser —admitió la muchacha—. Pero lo de ahora...

—Desde que recibí el encargo de Hark, Gisèle, han pasado cosas bastante extrañas. Uno de estos tipos, el de la navaja, estaba en la plaza cuando llegamos.

—¿Quieres decir que nos han venido siguiendo? —preguntó ella.

—No lo sé.

—Pero yo bien me fijaba en que observabas la carretera. Yo también miraba por el retrovisor, y nunca vi ningún coche —adujo Gisèle.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Clarence.

—De momento, esperar... La policía se ha mostrado muy eficiente. El coche que utilizaron los dos tipos era robado. Tenían una denuncia, desde primeras horas de la tarde. Les he dicho que buscaran algún coche francés abandonado. Si esa gente ha venido de nuestro país, no lo ha hecho volando y, si nos han seguido, han tenido que utilizar un vehículo, y en alguna parte debe estar. —Y en rápida transición, añadió—: Bueno. Iros a descansar, y tened cuidado. Nunca se sabe lo que puede ocurrir. Tengo la sensación de que soy el blanco de algo, y no sé de qué, y vosotros estáis conmigo.

—Bueno, vamos, Gisèle —murmuró él, tomando del brazo a la muchacha.

Dieron la vuelta hacia el *hall*. *Serge se volvió hacia uno de los espejos decorativos del bar, situado en la parte contraria a la puerta independiente que comunicaba con la calle.*

Durante unos segundos, vio la sombra en los cristales. La puerta se abrió repentinamente, y un hombre armado entró, disparando.

El detective, con movimientos increíbles, se hizo a un lado, alcanzó un taburete y lo arrojó contra el agresor.

La rápida actuación de Serge desarmó al recién llegado. ¡Era uno de ellos!

Gisèle gritó:

—¡Clarence!

Serge se revolvió a tiempo de ver a Clarence caer, alcanzado por alguna de las balas que el asesino había conseguido disparar.

Instintivamente, Serge se lanzó en pos del agresor que, al recibir el taburetazo, había perdido el revólver. Al ver venir a Serge, saltó ágilmente hacia la puerta.

Serge salió tras él.

El fugitivo cruzó la calle, en dirección a la plaza.

Un coche, aprovechando la ausencia de tráfico, marchaba lanzado. Dobló la esquina en el instante en que el agresor huía.

El chófer vio al hombre ante sí, y trató de frenar, pero ya era demasiado tarde.

El que había efectuado los disparos, intentó evitar lo que ya era inevitable.

En una fracción de segundo, se produjo el atropello. El asesino salió despedido hacia delante, dio una extraña y trágica pirueta para ir a chocar de cabeza contra el bordillo de la acera.

Quedó inmóvil.

Serge se acercó rápidamente, y sólo pudo comprobar que estaba muerto.

El barman del hotel y su ayudante salieron enseguida, y también lo hizo el portero.

El chófer salió del automóvil, consternado.

—¡Ha sido él! Corría como un loco. ¡Se metió debajo de las ruedas del coche! Ustedes lo han visto. La culpa no ha sido mía. Pero es horrible... Es horrible.

Serge corría hacia la plaza para ver si había algún coche estacionado, que aguardara al asesino, pero no había ninguno que despertara sus sospechas. No obstante, se acercó a los que estaban más próximos, y comprobó que no había nadie dentro. Tampoco salió ninguno del lugar, lo cual parecía indicar que el asesino iba solo. Pero...

¿Dónde estaba el compinche herido?

La ambulancia trasladó a Clarence al hospital.

Allí el inspector Winkel apareció, acompañado de los hombres de su departamento.

—No es grave, afortunadamente —explicó Serge al policía—. La bala le ha atravesado limpiamente. De habersele alojado, la cosa habría resultado más peligrosa. He hablado con el doctor, y dice

que, con unos días de reposo habrá bastante.

—Lo celebro —murmuró Winkel, y, con gesto más grave, añadió —: ¿Sigue sin querer colaborar, señor Segal?

—Inspector, no es que no quiera colaborar, es que ignoro por qué se me persigue.

—Usted conocerá a sus propios enemigos.

—Si los tengo, inspector, nunca se habrían manifestado de esta manera... Y créame que daría cualquier cosa por pescar el otro... Tiene que estar en alguna parte. Está herido de una pierna, y habrá tenido que verle un médico, que curarle...

—Heidelberg no es una gran ciudad como París —repuso calmadamente el inspector Winkel—. Pero se sorprendería si supiera la cantidad de escondrijos que pueden encontrarse aquí...

—Esa bala que hirió a mi amigo, iba dirigida a mí, inspector.

—Sí, eso parece, pero una vez más ha tenido suerte, señor Segal. El destino le protege.

El detective cortó, de repente, con una pregunta:

—Señor Winkel... ¿Le dice algo el nombre de el Lobo?

—Nada, excepto lo que la palabra indica.

—No. Se trata de un apodo, estoy seguro.

—Buscaré en los archivos... ¡Ah! Y debo informarle que no hemos encontrado, de momento, ningún coche francés. También he pasado orden a los puestos de policía de autopistas, que estén alerta con los sospechosos.

—Ojalá tengamos suerte... Bien, voy a entrar a ver a mi amigo. ¿Me disculpa?

—Yo también quiero verle. Quizá él pueda ayudarnos —murmuró el inspector.

CAPÍTULO IX

Clarence no pudo arrojar ninguna luz sobre los hechos. Y mientras continuaba reponiéndose en el hospital, Winkel se había puesto en contacto con Serge para explicarle lo que había podido averiguar:

—Hans Stoevel, 38 años, alemán de origen, pero con residencia habitual en Francia. Metro setenta y seis de estatura, cicatrices, etc., etc..., Ésta es la ficha del hombre que intentó matarle. La policía de su país cree que se trata de un asesino a sueldo, a las órdenes de una organización clandestina. Hasta ahora no existían pruebas contra el tal Stoevel, pero en cuanto hayan examinado el revólver, comprobarán si fue con la misma arma con la que se cometieron algunos asesinatos en Francia, que no pudieron ser aclarados en su día.

—¿Hans Stoevel? —murmuró el detective, pensativo—. No había oído ese nombre antes de ahora. No. No lo había oído.

—Señor Segal —cortó el policía, tras la mesa de su despacho—. Si se trata de una organización la que intenta... darle el «pasaporte definitivo», trate de recordar, tal vez alguno de sus casos «privados» no ha dejado satisfecha a la parte contraria...

—No he desarrollado una gran actividad últimamente. He escrito algunos libros, pero... haré mis investigaciones, en Francia, claro. Si pudiera encontrar al que herí... entonces todo sería mucho más fácil...

Pero el herido había desaparecido en absoluto. Su paso por la frontera de Kehl o por otras fronteras no fue registrado tampoco, pese a la vigilancia de la policía, que tenían la descripción que en un principio facilitó Serge.

Y el hombre respondía a las siguientes señas: 1,75 de estatura, pelo castaño claro, de unos treinta y cinco años, de fuerte

compleción física y mirada más bien fría. No tenía cicatrices en el rostro, pero sí un grano verrugoso bajo la oreja izquierda.

Estos datos, y su herida, podían contribuir grandemente a su posterior identificación y subsiguiente captura; sin embargo, al cabo de dos días todo seguía igual.

A la semana, Clarence fue dado de alta, y decidió marcharse, con Gisèle. También el detective hizo el viaje en su propio automóvil, ya que la policía alemana no tenía ninguna excusa para retenerle.

El viaje de regreso se realizó sin dificultades, al menos durante el primer tramo, que terminaba en la frontera de Kehl con Strasburgo.

Los equipajes no fueron en absoluto registrados, y los gendarmes que regulaban el paso de la zona francesa accionaban las manos, exigiendo fluidez en la circulación, totalmente rutinaria.

Continuaron el viaje hacia París, bajo el signo de la normalidad.

Mientras Clarence preparaba su viaje a España, Serge, conocedor de numerosos antros de los bajos fondos y de los lugares donde se reunían sujetos de dudosa reputación, confidentes y delincuentes habituales, realizó algunas visitas como la que hizo a Tony *L'Amicale*, en un tugurio de Montmartre.

Penetró en la cueva, luciendo un jersey negro de cuello alto, y pantalón del mismo color, lo cual estilizaba la figura atlética del detective. Dos tipos pusieron los brazos en jarras cuando Serge preguntó por Tony *L'Amicale*.

—¿Quién le busca?

—Esto no os importa. Sé que está aquí.

—Pues yo no le veo.

—¡Dejadle pasar! —ordenó la voz de *L'Amicale*, desde el umbral de la puerta de sus habitaciones privadas.

L'Amicale estaba en plena partida de naipes, con otro par de sujetos.

—Puedes hablar delante de ellos, Serge...

—Quiero referencias de un tal Hans Stoevel, alemán, pero afincado aquí... Se supone que trabajaba para algún sindicato criminal.

—Hummm... ¿Un alemán? Conozco algunos, pero a ese... ¿Por qué no vas a ver a Roger Dubois? ¿Le conoces?

—¿Te refieres al bizco?

—Al mismo, pero le molesta que le llamen así.

—Lo sé.

—No le digas que vas de mi parte, ¿eh? Últimamente, no nos llevamos demasiado bien.

El detective, aquella misma noche, fue a la guarida del bizco. Allí, algunos le recordaron, y pusieron menos dificultades para dejarle entrar.

El bizco tenía un camastro y una mesa en el altillo de un antro de esos que las agencias no muestran en sus turísticas «París, la nuit», pero que constituyen los auténticos bajos fondos, sin falsos decorados, ni actores que representen un papel.

El bizco, malcarado de unos cincuenta años, barbudo y masticando un pestilente toscano, masculló:

—Yo no sé nada en absoluto, amigo.

—Sabes que no te pido información gratis, Roger. Pago siempre las respuestas.

—Bueno es que...

—Cincuenta francos. ¿No está mal por una información?

—Sí, sí lo está, cuando hablar demasiado puede costar disgustos.

—Sólo unas señas... Un lugar de trabajo...

—Meterse con esa gente, es mala cosa...

Serge metió la mano en el bolsillo, y contó diez billetes de diez francos:

—¿Cien?

—Es un riesgo. Además, no sé sí...

—Hans Stoevel, alemán, treinta y ocho años, asesino profesional... ¡Vamos, Roger!

—Ve a la rue Vieille de le Bon Marché. Allí se reúnen algunos, en el local de Ginnete.

—¿La vieja Ginnete todavía está metida en juergas de ésas?

—Es la dueña del local. Aparentemente, allí no ocurre nada. La policía suele dejarla en paz, pero últimamente ha tenido algunos roces... Se dice que ocurrió algo en Alemania y que... ¡Diablo! Pero tú debes saberlo, ¿no?

—Stoevel trató de matarme. Hirió a un amigo, pero la bala era para mí... Quiero saber quién paga el plomo y con qué motivo.

—Ve con cuidado. Te metes en mal terreno. Ginnete tiene quién

la defienda.

—Claro... lo supongo, aunque imagino que es inútil. Ginnete es de la clase de mujeres que saben defenderse solas.

Prosiguió la odisea de Serge, en busca de la verdad.

Y Ginnete, que trataba de ocultar que había pasado en mucho la cuarentena, con exceso de afeites y súper-dosis de carmín, soltó un:

—Es mal día para los sabuesos, amigo... Ya he contestado demasiadas preguntas, y no sé a qué viene todo esto... ¿Es que acaso creen que tengo la obligación de conocer a todo el mundo?

—Ginnete, no me importa lo que hayas dicho a la policía. La información que yo pido la quiero en exclusiva.

—De veras, Serge, no sé de qué me hablas, y mejor será que te vayas. El horno no está para bollos.

A Serge se le antojó que aquella mujer estaba nerviosa, demasiado nerviosa, y aquello no era habitual en ella.

Miró en derredor, y vio algún rostro hostil, como si le reprocharan su presencia en un local que, si estaba en mejores condiciones —por la decoración—, que otros que Serge había visitado últimamente, por el aspecto de quienes lo frecuentaban, respondía a la misma categoría.

Decidió salir, después de dar una generosa propina por la cerveza que había pedido.

No tardó en ser seguido.

Comprobó que eran dos tipos.

Dobló una esquina, y se volvió hacia ellos.

—¿Qué queréis? —preguntó abiertamente.

—Saber para quién trabajas... —repuso uno.

—Para nadie, pero Stoevel trató de matarme, y tengo el derecho, al menos, de saber quién le pagó.

—Lárgate, amigo, y olvida esto —murmuró uno de los tipos.

Serge les midió con la mirada. Eran más altos que él, fornidos, con aspecto bravucón, de los que les cuesta poco pelear y no dar tregua.

—Si sabéis algo, puedo gratificar vuestra información.

—¿No has oído el consejo? —repuso el otro, que hasta entonces había permanecido callado—. Lárgate.

—Supongamos que no quiero...

Los dos tipos se miraron como si mentalmente no dieran crédito

a que alguien fuese capaz de desafiarles del modo que lo había hecho Serge.

—No me asustan los tipos como vosotros. Suelo entrenarme con seis a la vez para mantener la forma —y diciendo esto, hizo ver que iba a atizar a uno, pero en realidad dirigió el puñetazo al otro, para revolverse y golpear con la punta del zapato la parte baja de la pierna del que estaba a su derecha y tumbarle seguidamente de un gancho preciso y matemático.

Cuando los tuvo en el suelo, hizo una llave a uno, impidiéndole todo movimiento; el otro intentó atacarle, pero Serge previno:

—¡Un paso más, y le rompo el brazo a tu amigo!

—¡No, no! —gritó aquel tipo, cuya envergadura no le había impedido caer a merced del detective.

—¡Vamos! Ahora, hablad sin tapujos, porque, si calláis, tú igualmente sentirás cómo se rompen los huesos... por el lugar que más duele.

—¡Salvaje! —gritó el tipo, desde el suelo.

—No malgastes el resuello en palabras vanas.

Serge siguió presionando con su llave.

Deseoso de sacudirse la presión, el tipo que Serge tenía sujeto espetó:

—Rue 24. Ve allí.

—Rue 24 —repitió el detective—. ¿En las afueras?

—Hacia el sur. Un almacén de chatarra...

Serge acentuó su presión hasta que el brazo del mastodonte crujió.

—¡Ah! —exclamó—. ¡Me has roto el brazo...!

—Ya lo sé. Esto te enseñará a ser menos agresivo con los que sólo piden una simple información.

CAPÍTULO X

La Rue 24 estaba desierta. El almacén de chatarra parecía sumido en el más completo abandono.

Máquinas, grúas, apisonadoras, todo permanecía inmóvil.

Serge deambuló por el amplio solar vallado, al que no le fue difícil acceder, sin que nadie le molestara.

Cansado de examinarlo todo, se fijó una vez más en el nombre que se anunciaba en la entrada, y que se repetía en el barracón destinado a oficina:

Vincent Chaterbury.

Salió del solar de la misma forma que había entrado y, caminando por la abandonada calle, llegó a una cabina telefónica. Allí tomó el listín y buscó los Chaterbury.

—Vincent, Vincent, Vincent...

Encontró al especialista en demolición de chatarra; estaba inscrito con dos números de teléfono; uno de ellos correspondía a la Calle Veinticuatro y el otro a la de Osigni.

Tomó el número de la última. El distintivo y las cifras correspondientes...

257-92-00.

—¿El señor Chaterbury? —inquirió.

Una voz femenina respondió:

—Aquí es. ¿Quién llama?

—Es sobre la partida de chatarra de Roland Garros.

—Esto suena a tenis... ¿Quién llama?

—Roland Garros —repuso el detective.

—Un momento.

Tras una breve espera, una voz masculina acudió al teléfono:

—¡Aquí Chaterbury! ¿Quién es?

—¡Hola, Vincent! Supongo que eres el de la chatarra, ¿eh? —
adujo Serge, desde la cabina.

—Sí, pero ¿quién llama...? —repuso la voz, desde el otro lado de la línea.

Serge colgó. Sabía que quién había respondido era el dueño del almacén de desperdicios. Eso le bastaba. Tomó nota de la residencia particular, y salió de la cabina.

Su coche le llevó hasta el domicilio particular del tal Chaterbury, en la rue Osigni.

En los buzones exteriores para el depósito de la correspondencia tomó nota del piso.

«Cuarto, puerta B» —retuvo Serge mentalmente.

Era una casa normal, miles de parisinos vivían en casas como aquéllas, en pleno centro, en lo que ya podía considerarse como casco antiguo de la capital francesa.

Por la mañana, Serge había averiguado ya quién era *monsieur* Chaterbury y, cuando salió de su apartamento, él fue tras suyo, en el coche.

Le siguió con la prudencia y la profesionalidad que le eran habituales.

Chaterbury se dirigió directamente al almacén de chatarra de su propiedad, en la Rue 24.

Serge pasó la mitad de la jornada matinal cerca del almacén, observando la clientela.

Grúas llevando coches para su desguace o demolición, camiones con chatarra de diversos tipos; «trailers» con coches viejos...

Todo se desarrollaba con normalidad, en un negocio de aquella índole.

«¿Le habían dado unas señas cualesquiera para sacárselo de encima?», pensó Serge.

Era fácil averiguarlo. Bastaba con volver a la guarida de Ginnete, y encontrarse nuevamente con los mastodónticos sujetos de la noche anterior, pero...

Serge aguardó hasta la hora de mediodía.

Entonces decidió entrar.

—¿Qué desea? —le preguntó un empleado.

—¿Está el señor Chaterbury? —preguntó el detective.

—En la oficina.

—Gracias.

Cruzó hasta la oficina, y encontró a Chaterbury en la puerta,

consultando el reloj.

Las actividades cesaban. El tren de demolición que convertía los automóviles en pequeños cuadrados, a los que sólo faltaba empapelar en una bolsa de plástico de las Galerías Lafayette terminó su movimiento para que los empleados tomaran su almuerzo reglamentario.

—Perdón, señor... —sonrió Serge, con aspecto de pueblerino—. Tengo un coche para el desguace...

—Puede venir a partir de las dos de la tarde —replicó el señor Chaterbury.

—Sí, sí. Lo imagino, pero quiero saber cuánto... cuánto me pagarán...

—Depende del coche. Aplicamos la tarifa oficial —repuso el propietario.

—Es que mi coche es... recomendado por un amigo —aventuró el detective.

—¿Eh?

—Mi amigo se llama Hans... —sonrió, esperando el efecto del otro—. Hans Stoevel...

Chaterbury miró fijamente a Serge como si esperara la continuación de lo que había dicho.

—Hans Stoevel. Me dijo que podía venir aquí —siguió Serge, lanzando un tiro al azar.

—El precio es para todos igual —repuso el propietario—. Y el horario, también... Buenas tardes, señor.

Chaterbury dio por terminada la conversación, dando media vuelta, pero a Serge no le pasó inadvertido el gesto grave, distinto, especial...

—¡Oiga...! —exclamó.

—Disculpe, señor. Es la hora del almuerzo —recalcó Chaterbury, y se encerró en su oficina.

Serge comprendió que, por el momento, no sacaría más en limpio, y decidió volverse.

Al hacerlo, vio entre unos montones de chatarra a un individuo con aviesas intenciones.

La reacción fue fulminante.

El detective, salvando todos los obstáculos, comenzó a perseguirle.

El propietario del almacén salió de nuevo, observando, contrariado, la escena.

Serge, corriendo a toda velocidad, estaba próximo a alcanzar a su perseguido, cerca de una puerta secundaria que comunicaba con un camino, próximo a la Calle Veinticuatro.

—¡Eh! —gritó—. ¡Un momento, amigo!

El delincuente estaba ya cerca de la puerta, junto a unos camiones de la empresa.

Entonces sonó un disparo.

Serge se lanzó instintivamente al suelo.

El otro permaneció inmóvil un instante como si hubiese recibido una sacudida inesperada. Después, se desplomó con la mirada fija.

Serge adivinó, al instante, lo que había ocurrido. Una bala le había penetrado en la frente.

El sujeto estaba muerto.

Muerto.

CAPÍTULO XI

Chaterbury salió del despacho del inspector Danglar, y miró de arriba abajo a Serge, que guardaba turno.

Danglar apareció en el umbral.

—Bueno, entra —dijo.

Serge, una vez a solas con el oficial de la brigada criminal, inquirió:

—¿Fichado?

—Es un comerciante que cumple...

—¿Con tipos como el alemán?

—No está en su nómina —repuso el policía.

—Amigo... Nunca te he pedido un favor que estuviera justificado —murmuró Serge—. Ahora, tengo que hacerlo. No sé nada de todo esto, pero voy detrás de algo. Sé que, después de las tinieblas, aparece un resquicio por dónde atisbar el sol.

—Drogas —repuso, simplemente, Danglar.

—Me siguen, pero no las veo.

—¿Quién paga tus gastos?

—No lo sé.

—Te contrataron, ¿no...?

—Sí, pero... no estoy seguro de que siga... Si lo hago, será por mi cuenta.

—Estás envuelto en algo, ¿eh?

—Creo que sí.

—Pues confiésate.

—Aún no.

—¿Qué hacías en Alemania?

—Corren pronto las noticias —sonrió Serge.

—¿No has oído hablar de la Interpol? —preguntó el inspector Danglar, ofreciendo un cigarrillo al detective.

—¿Existe aún? —sonrió Serge.

—Colabora, Serge. Yo estoy de tu parte.

—No puedo... No sé el juego... Ando a ciegas.

—¿Con quién?

—Ahora, por mi cuenta.

—¿De veras? ¿Y el que paga?

—Tengo que verle un día de éstos. Le devolveré su anticipo.

—¿Por qué seguías al alemán?

—Intentó matarme en Heilderberg.

—Lo sé...

—Entonces, ¿por qué lo preguntas?

Danglar sonrió.

—Mira, Serge. A Chaterbury le tenemos vigilado. No se le ha podido probar nada, y dejamos que siga disfrutando.

—Antes, hablaste de drogas.

—Sí...

—Mira... confidencialmente... Hark me pidió un servicio; es todo lo que puedo decirte.

—Tú siempre detrás de Hark.

—Fue él.

—Ten cuidado, Serge.

—Lo tengo, pero dime, ¿quién mató al alemán?

—No lo sabemos...

—Es una respuesta muy pobre para un policía.

—Digamos que... un crimen no basta para detener a una organización.

—¿Sabes quién es el criminal?

—Puede, pero que se maten entre ellos ya es algo.
¿Comprendes?

—Sí. Comprendo que te interesa cazar al jefe de la organización.

—Exacto, Serge —sonrió el policía—. Por esto solicito tu colaboración.

—Lo haré si puedo, pero entretanto... vigila a Hark, ¿eh?

—Déjale en paz...

—¿Por qué le tenéis tanto miedo? ¿Es un pez demasiado gordo?
¿Qué pasa?

—Nada. Pero olvídate de Hark.

—¿Por qué?

—No hay nada contra él.

—¿Por qué estás tan seguro?

Danglar se encogió de hombros.

—Mira, amigo. Hark me contrató. Acepté porque pensé que tras ese contrato había algo más del deseo de que vigilara a su sobrina... ¿Comprendes? El deseo de tenerme a sueldo. Él sabe que indirectamente le he atacado algunas veces...

El policía cortó:

—De modo que su sobrina es el principal motivo.

—Sí. Y es secreto profesional.

—Bien, pero ten cuidado, Serge.

—Si trabajar para Hark supone un peligro... ¿Por qué le descartas en el juego?

—Porque a Hark no le podremos atrapar nunca; en cambio, sí podemos hacerlo con los que están en el bando opuesto... Chaterbury, por ejemplo... cuando se le pueda probar algo. Pero si quieres llegar a capturar un pez gordo, debes ponerle de cebo un pez pequeño y apetecible...

—¿Chaterbury?

—Podría ser, pero tú estás entre los dos. Ahí está el peligro.

—Correré el riesgo.

—Mantenme informado.

—Ahora tengo que hacer un viaje a España. No sé el tiempo que permaneceré ausente, ni si saldrá algo en claro de ese viaje.

—Mantén los ojos abiertos.

—Estoy acostumbrado a dormir poco —replicó el detective.

La nota decía: «Le espero en la Torre Eiffel».

La encontró Serge al llegar a su oficina aquella misma tarde.

Y en la Torre, el detective encontró a Hark, cuando ya no había turistas y el ascensor anunciaba sus últimos viajes.

—Pensaba comunicarme con usted —dijo Serge—. No me gusta que me regalen el dinero...

—¿Quiere decir que renuncia, señor Segal? —preguntó Hark, mirando a la lejanía.

—Aún no. Su sobrina me ha pedido que la acompañe a España.

—Se han hecho amigos.

—Algo.

—¿Y bien...?

—Pues me parece una chica decente.

—¿Y el amigo que la acompaña? Sé que hay un hombre... No uno de tantos sino «alguien» determinado.

—Ese alguien, señor Hark, es amigo mío.

—¡No me diga!

—Sí...

—Y usted, naturalmente, está de parte de ellos...

—Se portan bien, y Gisèle no se droga.

—¿De veras?

—Usted lo sabía, señor Hark. Diga más bien que me contrató como guardaespaldas de su sobrina. ¿No es así?

—Pues... algo hay de eso.

—¿Por qué no habló claramente, desde el primer momento?

—Pues... porque no estoy tan seguro de que ese amigo suyo sea tan digno. ¿Me comprende? Porque quiero a mi sobrina y por... que necesito que la defiendan... de su inconsciencia.

—¿Por qué han atentado contra mi vida, señor Hark? ¿Forma parte del juego? ¿O tratan de eliminarme para que Gisèle viaje libremente?

—Usted es el detective —repuso Hark enigmáticamente—. Averíguelo...

—Hablaremos después de mi último viaje, señor Hark. Es posible que todo esto no le cueste nada a usted. He empezado a tomarle gusto... a pesar del peligro.

—¿Sabe una cosa, señor Segal? Me gusta usted. Sí. Yo nunca me equivoco cuando elijo a la gente. Es usted honrado. Cuide de mi sobrina, ¿eh? Y... No se fíe demasiado de ella. No se deje engatusar. —Hark le guiñó el ojo, y dejó al detective.

Serge pensó que era difícil razonar con aquel hombre. ¿Qué era lo que quería, en realidad?

Aquella misma noche, Clarence le telefoneó.

—Mañana iremos a España. Podemos viajar en tu coche. Cuando estemos al otro lado de la frontera, ya decidiremos...

—¿Dónde tienes que ir de España, exactamente, Clarence? —inquirió el detective.

—A Barcelona. Hay una firma interesada en el proyecto. ¡Ah! Gisèle pasará por tu apartamento. A las ocho. ¿Te va bien? Me gustaría poder llegar a Le Perthus mañana mismo.

—De acuerdo, Clarence. Me fastidiáis el fin de semana, pero iré

—aseguró Serge.

Poco después, desde su misma casa, el detective marcó el número de Gigi.

Apenas pudo hablar porque la femenina voz surgió disparada:

—Si llamas para decirme que este fin de semana tampoco vamos a vernos, podías habértelo ahorrado porque...

—Bueno... bla, bla, bla, bla y bla...

El detective, resignado, se excusó y colgó el teléfono. No podía hacer otra cosa.

CAPÍTULO XII

El viaje por Clermond-Ferrand y Lyon, camino de España se realizó sin novedad.

Todos miraban frecuentemente hacia atrás para ver si algún coche les seguía, pero nada parecía indicar que existiera alguien interesado en seguir los pasos del trío.

Clarence reemplazó algunas veces a Serge en el volante, y también Gisèle condujo durante algunos kilómetros.

Tras las paradas de descanso, Clarence decidió:

—Es ya muy tarde. Mejor quedarnos en Perpignan, esta noche.

Pernoctaron en el Windsor Hotel, y Serge sacó del portaequipajes la maleta de la muchacha, la misma que había comprado en el *drugstore*, *antes de emprender el anterior viaje*. Clarence sacó la suya, murmurando:

—Casi no vale la pena, por una noche... Saldremos pronto, ¿eh?

—Estoy a vuestra disposición —sonrió el detective.

Sin embargo, Serge no fue a dormir directamente. A pesar de la hora, en Perpignan había algunos bares abiertos, donde tomar una copa. Caminó por el bulevar Wilson, dobló a la izquierda hasta Le Castillet, y continuó en dirección a la Rute D'Espagne. Nadie siguió sus pasos. Todo era normal.

Se cruzó con escasos noctámbulos, y en el bar de la rue Jeane d'Arc permaneció unos veinte minutos, tras tomarse un *Remy Martien*.

Regresó al hotel, sin novedad, pasando por el aparcamiento de Le Promenade des Platanes, donde había dejado el coche.

Si todo seguía en orden...

A las siete y treinta minutos de la mañana, los tres estaban ya en la ruta de España, camino de Le Perthus.

Cuarenta minutos más tarde, llegaban a la frontera franco española en La Junquera.

Los turismos que conducían a la gente ávida del sol de España y de los precios más asequibles, llenaban casi un kilómetro de carretera, y la policía procuraba, como en casi todas las fronteras, mantener la fluidez.

—¡Adelante, adelante!

Al otro lado de la frontera, se detuvieron en uno de los varios cafés españoles.

—He de cambiar moneda —dijo Clarence—. Tomad un café entretanto, y pedid uno para mí... Con leche. Aquí el café es bueno, pero escaso y demasiado fuerte.

—Yo también cambiaré moneda —dijo Serge.

—Pues id los dos —espetó Gisèle—. Yo me quedo aquí. Tengo hambre...

En uno de los bancos españoles fronterizos, los dos hombres cambiaron francos por pesetas.

Al regresar ambos al bar donde había entrado la joven, Serge se volvió instintivamente hacia el aparcamiento donde había dejado el coche. Fue entonces cuando sus ojos se fijaron en «aquella maleta».

Hubiera jurado que era la de Gisèle, o en todo caso, hermana gemela.

—¡Un momento! —murmuró y, corrió hacia el coche. Abrió el portaequipajes y...

¡La maleta de Gisèle no estaba!

Buscó con la mirada.

El hombre al cual había visto llevando la maleta, acababa de subir a un coche francés, y salía a todo gas.

—¿Qué pasa? —preguntó Clarence.

—¡Ven conmigo, Clarence!

—¿Qué...?

—¡Vamos!

Corrieron hacia el coche.

—¿Y Gisèle? —inquirió Clarence...

Serge, sin contestar, en el coche ya, pisó a fondo. Clarence cerró la puerta, mientras el detective salía en persecución del coche que conducía el ladrón de la maleta.

—Pero ¿dónde diablos vamos? ¿A quién seguimos? —preguntó Clarence.

—La maleta de Gisèle va en ese coche rojo de ahí. ¡Fíjate! Se ha

dado cuenta de que le seguimos.

—No comprendo nada —repuso Clarence.

Serge pisó el acelerador.

El coche rojo, francés, aumentó su marcha.

—¿Qué significa esto, Serge? ¿Qué pasa?

El detective, atento al volante, trataba de acercarse al fugitivo, que seguía pisando a fondo por la bien asfaltada carretera.

Detrás quedó el indicativo del pueblo de La Junquera. Se anunciaba la autopista hasta dos kilómetros y la proximidad de una población.

Los dos vehículos sorteaban a otros coches, adelantándoles y cobrando velocidad.

—Gisèle creerá que nos hemos fugado —dijo Clarence.

—¿Y no te importa que hayan robado su maleta?

—¿Para qué diablos querrán su maleta?

—Eso es lo que quiero saber, Clarence... En Strasburgo, un hombre murió en el garaje donde tenía mi coche. En Heidelberg, trataron de matarme, y tú recibiste el balazo. Ahora, en España, roban la maleta de mi coche. ¿Por qué?

—Eso me pregunto. Sólo contiene ropa.

—¿Y crees que unos cuantos trapos de mujer pueden ser un móvil? ¿Por qué corre tanto ese tipo?

—¡Que me ahorquen si lo entiendo!

Serge pisó casi con rabia el pedal acelerador. La carretera se aproximaba a una curva, con cambio de rasante. El coche rojo seguía delante, intentando distanciarse. Había un hombre solo, el que llevaba el volante.

El detective tocaba el claxon insistentemente, convencido del riesgo que corría al marchar a una velocidad peligrosa ante la inminente curva.

El fugitivo la tomó a todo gas, y, con el cambio de rasante, no advirtió a tiempo el autocar que venía en dirección contraria.

Intentó hacerse hacia su derecha en el instante en que Serge casi le embestía por detrás.

El coche fugitivo tenía a otro auto delante; no podía meterse. Serge frenó a tiempo, con gran temple, el auto rojo se cruzó por delante del autocar hacia el lado izquierdo para evitar el choque de frente, pero su conductor no consiguió controlar el vehículo, y éste

se despenó por un terraplén.

La velocidad del automóvil le impulsó a dar un par de vueltas de campana hasta que quedó inmóvil, completamente al revés, cerca de un riacho.

Los autos que en aquellos momentos transitaban, se detuvieron. Los conductores habían sido testigos de aquella trágica pirueta.

A lo lejos, dos sirenas de la policía de tráfico anunciaban la inminente llegada de las autoridades.

Serge y Clarence bajaron la pendiente, anticipándose a todos. La puerta del coche rojo se había abierto, y medio salido del vehículo se hallaba su conductor. Era un hombre de edad intermedia, con aspecto más bien mundano. Yacía inmóvil, con los ojos muy abiertos. Clarence murmuró:

—Creo que... ha muerto.

Serge se fijó en la parte de atrás. El portaequipajes se había abierto, pero la maleta, la inconfundible maleta de Gisèle, estaba dentro.

El detective la cogió, la dejó en el suelo, y la examinó un momento. No cabía la menor duda, era la misma maleta.

—¿Qué haces? —preguntó Clarence.

—Abrirla —repuso Serge.

Y lo hizo.

Una vez levantada la tapa, sus ojos mostraron el mismo asombro que si en aquel instante hubiese visto la Torre Eiffel emerger en medio de aquel riacho.

Clarence se aproximó para examinar también el contenido de la maleta.

Estaba lleno de pequeños paquetes, alargados y redondos. No era precisamente ropa femenina.

Serge rompió uno de aquellos paquetes, y ya no se sorprendió de lo que halló en su interior.

En realidad, lo estaba presintiendo.

Era un polvillo blanco, muy fino, seco.

—¡Heroína! —exclamó Clarence, adivinando también.

La policía de tráfico llegó en aquellos momentos al punto de la carretera donde había saltado el fugitivo con su coche.

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Se complace en recomendar a
sus lectores la colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO

en la que sólo tienen cabida las
más extraordinarias aventuras
de

«CIENCIA FICCIÓN»

debidas a la pluma de los au-
tores que mayor éxito han ob-
tenido entre los aficionados a
este género



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares

EDITORIAL BRUGUERA, S

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

CAPÍTULO XIII

Danglar, a través de la Interpol, había resuelto las cosas para Serge y, de forma indirecta, para Clarence.

El amigo del detective se quedó en Barcelona para proseguir con su trabajo.

Serge regresó a Francia, después de recibir un comunicado oficial del Servicio de Represión de estupefacientes español.

—Esa señorita Hark ha desaparecido.

En época de afluencia turística, el control individual es prácticamente imposible, y no existía prueba alguna con respecto a Gisèle. Lo mismo había podido internarse en España que regresar a Francia.

Danglar, el inspector francés, había insistido en hablar lo más urgentemente posible con Serge, y la reunión tuvo lugar en París, dos días más tarde.

En el apartamento del detective, el policía murmuró:

—Te utilizaron. Supongo que te das cuenta...

—Soy un perfecto imbécil. ¡Maldita sea! Ahora está todo claro... ¡Cambiaron las maletas! La primera vez fue en Strasburgo... Gisèle hizo lo posible para que hasta el último momento me diera cuenta de que sólo llevaba la ropa que había comprado en el *drugstore*... Pero alguien efectuó el cambio en el momento oportuno, sustituyendo la maleta que llevaba la ropa por otra cargada con la droga... Se arriesgaban, claro, pero el coche era mío, y yo... habría podido jurar que «allí sólo había ropa».

—¡Un momento! Si es como tú dices —repuso el policía—, tienen que haber otros cómplices... porque en Heidelberg ella volvía a tener la maleta de la ropa. ¿No es así?

—Sí.

—Si se supone que en Strasburgo alguien la cambió para pasar la frontera, otro tuvo que pasar con la ropa...

—Sí... Y hacer el nuevo cambio en Kehl —admitió el detective—. Tuvo tiempo de hacerlo mientras almorzábamos en el restaurante de la estación...

Y tras una pausa, añadió:

—Y ahora ha ocurrido lo mismo. Debieron efectuar el cambio en Perpignan, y luego, al otro lado de la frontera, alguien tenía que llevarse la droga... ¡Doce kilos de heroína! ¡Doce kilos cada semana! España, Alemania y quién sabe dónde más... ¡Hark es el responsable!

—Agárrate, Serge...

—¿Qué pasa?

—Nada, excepto que Richard Hark niega tener ninguna sobrina.

—¿Eh?

—Lo que oyes. No reconoce a ninguna Gisèle.

—Bien... Entonces, ¿cómo justifica el que me hubiese contratado?

Tras una pausa, el policía murmuró:

—Es que también niega que te haya contratada, Serge.

—¡No!

—Dice que no puedes aportar ninguna prueba.

Serge iba a protestar, pero terminó sonriendo como si en principio se diese por vencido.

—¡Bueno! Al menos, sabemos algo. Por ejemplo, a qué obedecía su extraña forma de entrevistarse conmigo la primera vez, y nuestra segunda conversación en lo alto de la Torre Eiffel... Y lo más importante es que... sabemos también que... ¡trafica en drogas!

—¿Lo sabemos? —sonrió el policía.

—¡Claro! Todo estaba previsto. Me utilizaron a mí para pasar la heroína. Gisèle puede que no sea sobrina suya, pero cómplice sí lo es...

—¿Y cómo lo probamos? —preguntó Danglar.

—No... No lo sé, de momento, pero, déjalo de mi cuenta... Ahora se están riendo a mis costillas, pero ya veremos quién ríe el último. Mientras tanto, seguid buscando a Gisèle.

—Aunque la encontremos, ella no declarará nunca contra Hark... si, como tú dices, es su cómplice.

—¿Quién si no?

—De acuerdo, Serge, pero si la encontramos, no nos interesa su

captura, sino con quién se entrevista y quiénes son sus cómplices. Gisèle, en estos momentos, no parece sino una intermediaria. ¿De quién? Eso es lo que importa averiguar.

—¡De Hark!

—No se puede acusar sin pruebas, Serge. Y Hark es un pez demasiado gordo. No podemos equivocarnos con él.

—Maldito hijo de...

—¡Cálmate, Serge! Estás ofuscado porque crees que se han burlado de ti. Es un reto. Te saben un hombre íntegro, pero ahora han cometido un error. Por un pequeño fallo, se ha puesto todo al descubierto y, a su modo, tienen miedo y, por supuesto, habrán tomado sus precauciones... No cometas tú el error que ellos están esperando; atacándoles abiertamente, se apuntarán un nuevo tanto. No... Serénate... Si por casualidad eres tú quien da primero con Gisèle, vigílala, no la emprendas con ella, y llámame. Nosotros tenemos medios eficaces para no perderla de vista.

—De acuerdo, amigo, pero Gisèle es también asunto mío. Me ha tomado el pelo. Ahora ha llegado mi vez.

—Cuidado, Serge, con la heroína por medio no existen asuntos «personales».

—Para mí, sí... Y te lo aseguro, Philippe. No sólo será Gisèle la que caerá sino también Richard Hark; sea o no su tío, caerá...

El policía no contestó. Tras un silencio, se limitó a murmurar:

—¿Cuándo regresa tu amigo Clarence, de España? —Esta noche o mañana. Vendrá en avión.

—Está bien, en cuanto le veas, dile que pase a visitarme. Necesito hacerle algunas preguntas.

Y Philippe Danglar, inspector de policía especialmente designado para aquel caso, dejó el apartamento de Serge.

En las calles, los vendedores voceaban la Prensa. Los diarios de la capital francesa daban cuenta del *affaire en la frontera franco española. Seguían comentando el hallazgo de la maleta con doce kilos de heroína empaquetada para su distribución.*

Por orden expresa de los servicios policiales de ambos países, no se daban nombres.

Serge, en su casa, comenzó a pensar en la forma en que había empezado todo, desde que él había entrado a formar parte en el juego...

Claro que alguien hubiese podido confirmarle sus pensamientos con perfecto conocimiento de causa, y explicarle el juego, con pelos y señales.

La cosa, en sí, había sido relativamente fácil, porque...

CAPÍTULO XIV

Serge Segal sólo podía mirar los hechos bajo su punto de vista. Gisèle, por su parte, veía las cosas tal como habían sucedido.

Gisèle «sabía» de antemano que Serge iba a seguirla.

Ahora, en Niza, en la residencia señorial, casi un castillo, que poseía Richard Hark, la muchacha, en la terraza de un pabellón dentro de la frondosa posesión del millonario, recordaba, y «comentaba», lo sucedido con Richard, al que, por supuesto, no trataba precisamente como si fuese un tío, por lo menos en el sentido familiar de la palabra:

—Todo hubiera salido bien, si el enlace no se hubiese precipitado en La Junquera. Lo de Alemania...

—Lo de Alemania, querida, también estuvo a punto de fracasar.

—Pero allí no fueron los nuestros quienes fallaron —repuso ella—. Las cosas sucedieron conforme lo planeado...

Gisèle pensó en el momento previsto para salir al paso de Serge, cuando desde Deanville se dirigía a París.

Toda aquella conversación había sido una farsa, excepto lo del sueño. Tenía sueño de verdad.

—Sé que al principio desconfió de mí —sonrió ella—. Pero luego le fui ganando. Desde luego, el golpe definitivo lo recibió cuando vio que «mi amigo» era Clarence. Es un tanto que te apuntaste, Richard...

—Yo siempre juego a ganador, querida...

Ella siguió recordando y comentando.

Todo previsto...

La compra de la maleta. Fueron dos, y no una, pero Serge sólo había visto la que llenó de ropa. La otra salió en otro automóvil con un cómplice que tomó la delantera con la heroína, y no se detuvo hasta Strasburgo.

Una vez en la ciudad fronteriza, sólo tuvo que dejarla en el

garaje del hotel. El portero ya se encargaría, en su momento —en el último instante—, de efectuar el cambio...

—Pero aparecieron «los otros» —dijo Gisèle—. Y esto no estaba previsto. Margerie debió darse cuenta, y por eso liquidó a aquel tipo.

—Y estuvo a punto de echarlo todo a perder, porque el que mataron en Strasburgo estaba fichado.

Ella continuó con sus recuerdos:

—La cosa salió bien, de todos modos. El portero del garaje cambió la maleta en el último instante, y Margerie pasó con la que contenía mi ropa. Luego, en Kehl, mientras almorzábamos, efectuó otra vez el cambio, y todo quedó en su sitio.

—Pero el alemán y Pierre os siguieron.

—¡La culpa no es mía! —protestó ella.

Relató con el pensamiento y la palabra todo lo sucedido en Heidelberg, y el regreso.

Al llegar al viaje a España, convino en que todo había salido mejor aún. Ahí sí que no hubo incidentes, ni en el camino, ni en Perpignan, donde, nuevamente, un individuo rubio, de estatura mediana y con apariencia de turista, se introdujo en el hotel, cambiando la maleta en propia mano de Gisèle.

—¿Por qué no la dejaste en el coche, como en Strasburgo? —le dijo.

—Porque no es prudente repetir el mismo juego dos veces —le había contestado ella.

Y pasaron la frontera aprovechando el alud turístico, pero allí, al otro lado de la aduana española, Margerie había cometido el error. Se había precipitado, o tal vez Clarence y Serge salieron antes del establecimiento bancario donde cambiaron la moneda. Luego, tras la persecución, Margerie había muerto, descubriéndose el transporte clandestino.

Ahora, tanto la policía española como la francesa estaban alertadas.

—Y tú te has puesto en evidencia —dijo Hark—. Y para acabarlo de arreglar, has venido aquí. Sabes que no me gustan las complicaciones. No quiero quebraderos de cabeza...

—En tu fortaleza, ¿quién me encontrará? Tú tienes medios e influencia... ¿Verdad, querido?

—Has fallado, Gisèle. Éste era el principio de un buen negocio. Muchos kilos aguardan para ser distribuidos. Aguardan los compradores y, tal como están las cosas, habrá que esperar. No, Gisèle, esperaba más de ti...

—Pero ¡qué culpa tengo! —protestó la muchacha, tomando un trago del combinado que el propio Hark le había servido, en el pabellón, lujosamente dispuesto, a unos trescientos metros de la enorme mansión, desde la que se dominaba el impresionante panorama de la costa.

—La policía hará preguntas. Te buscará.

—Pero no me va a encontrar, ¿verdad? Porque si me encuentra... me obligarán a confesar...

—No, querida... no te encontrarán. Voy a zarpar esta noche en mi yate. Realizaré un pequeño crucero. Tú vendrás como... equipaje.

Ella se levantó de la confortable butaca y, al ir a dar un paso, se sintió ligeramente indisputada.

—¿Un... crucero...? Pero la policía puede vigilar tu yate...

—Seguro. De momento no hacen preguntas directas, pero sé que vigilan.

—A mí no me han visto llegar. Esto puedo asegurarte... lo...

Gisèle se llevó la mano al estómago.

—¿Te sientes mal, querida?

—No sé qué me ocurre... ¿Cuándo... cuándo iremos al barco?

—Por la tarde.

—¿Y yo...?

Uno de los coches de Hark se detuvo frente al pabellón, en lo alto podía verse un baúl de grandes dimensiones.

Ella asomó por la ventana, visiblemente mareada.

Del auto bajó el chófer. Serge le hubiese reconocido como uno de los guardaespaldas que le atacaron la noche en que Hark se puso en contacto con él.

—Ya te he dicho, querida, que... viajarías como equipaje...

—¡Oye! No pretenderás que me meta en...

Sintió más intensamente el mareo, y se dejó caer en un diván circular, junto al ventanal.

De pronto, sus ojos se agrandaron, comprendiendo la verdad, temiéndola...

—¡No! —gritó.

—¿Qué te pasa, querida?

El conductor-guardaespaldas entró en aquel instante. Ella pudo ver que del coche salía el inseparable compañero del gorila, que ahora estaba en el umbral de la puerta como una estatua de granito.

—¡Richard! ¿Qué... has puesto en mi bebida?

—No duele, querida... Uno se siente mareado simplemente, luego le entra sueño...

—¡No, Richard! Di que no es verdad.

—Lo siento, querida. Ya te dije que no me gustan las complicaciones.

—¡Asesino!

Miró al gorila y a su compañero. Ahora los dos estaban observándola a ella, se le antojaron dos enormes buitres esperando la carroña. ¡Y la carroña era ella!

—Es el procedimiento menos doloroso. ¿Sabes? Luego, en alta mar, Neptuno te acogerá en su seno...

—No... No. —Y Gisèle trató de levantarse, pero no fueron sólo sus piernas las que se negaron a llevarla, era la psicosis del veneno, el miedo a la muerte, a la que por primera vez se enfrentaba cara a cara.

Se llevó la mano a la garganta. Algo falló en su interior. El aire no llegó a sus pulmones. Casi sintió el último latido de su corazón.

—¡Ase...! —no pudo continuar. Cayó como fulminada. El millonario la observó unos instantes, y murmuró:

—Aseguraros bien. Luego la metéis dentro, con lastre. ¿Eh? Y pensad que el baúl ha de volver.

Los dos guardaespaldas asintieron.

CAPÍTULO XV

Serge se sentía herido en lo más profundo. Había sido engañado, utilizado para el contrabando que más odiaba, y no estaba dispuesto a esperar las cautas investigaciones de la policía.

Clarence le había confirmado su llegada para aquella misma tarde, y se encontraron en el aeropuerto.

—¿Qué sabes de Gisèle? —Fue lo primero que preguntó.

—Nada. Como si la tierra se la hubiese tragado, pero Danglar se muestra demasiado precavido. ¡Ella tiene que estar con Hark! ¿Con quién si no? Y voy a desenmascararle.

—Si vas a Niza, quiero ir contigo —repuso Clarence.

—Éste no es asunto tuyo.

—También yo he sido burlado, Serge. Creía en Gisèle... Todo esto es un complot bien organizado. Fingió que yo le interesaba porque formaba parte del plan, luego entrarías tú, y nuestra amistad serviría para que tú cayeras también en la trampa, poniéndote de parte de Gisèle... Ella sabía que mi trabajo iba a llevarme a distintos puntos de Europa y, como simples turistas, fuera de toda sospecha, introduciríamos la heroína... Un plan muy bien urdido, sí, señor... Pero si tú no has dicho la última palabra, yo tampoco.

—En este juego, Clarence, hay que andar con mucho tiento. Danglar no quiere meter la pata porque Hark es hombre importante y muy listo. Por supuesto, la droga no debe estar en su casa, pero yo conseguiré averiguar dónde está. En cuanto encuentre a Gisèle... la banca cambiará de mano.

—No te estorbaré. ¡Vamos! Tomaré una plaza en tu avión —decidió Clarence rotundamente.

Cruzaron una de las amplias dependencias de Orly, cuando el detective observó entre la gente a alguien que cojeaba visiblemente. Se apoyaba en un bastón y, al verle a él con su compañero, trató de confundirse entre la concurrencia.

—¡Es Pierre! ¡El compañero de Hans Stoevel! —exclamó Serge.

Y el cojo —a consecuencia del balazo de Serge, en Heidelberg—, aceleró el paso.

Clarence siguió al detective, mirando en derredor.

Pierre ascendió por las escaleras automáticas hacia el piso superior.

—¡Voy a dar la vuelta por el otro lado! —exclamó Clarence—. Le rodearemos.

Serge no contestó. Subió rápidamente, apartando a la gente.

El cojo, siempre metido entre la multitud, se abría paso hacia la otra escalera.

Clarence llegaba por el otro lado.

Pierre consiguió alcanzar la segunda planta, y salió a la terraza.

Serge, al llegar a la segunda planta, trató de orientarse y vio a Clarence salir a la terraza.

El cojo, jadeante, se detuvo un momento y sacó un revólver. Serge lo advirtió a través de los cristales, y gritó:

—¡Al suelo, Clarence!

El amigo y discípulo del detective, lejos de obedecer la orden, corrió con mayor fuerza, intentando alcanzar al cojo. Serge irrumpió por una de las puertas, y disparó para amedrentar al enemigo, que se volvió instintivamente, ante el nuevo peligro.

Clarence le alcanzó, y forcejeó con él, obligándole a soltar el arma.

El cojo masculló algunas palabras ininteligibles, esgrimiendo su bastón para defenderse. Clarence, más hábil y buen discípulo de Serge, esquivó y pasó al ataque. Dos golpes precisos hicieron perder el equilibrio al agresor, que saltó por encima de la barandilla, perdió el equilibrio y, sin posibilidad de poder sujetarse, cayó al vacío.

Su cuerpo se estrelló contra el suelo, ante los gritos de la multitud.

Pierre estaba muerto.

Serge se hallaba ante el teléfono, hablando con el inspector Danglar.

—No quería que lo supieras, pero se ha armado demasiado ruido, y no quiero que me retengan. Estoy decidido a ir a Niza.

—Sé que lo harás de todos modos, Serge —repuso el policía—,

pero no tengas prisa. Si vas detrás de Hark, no llegarás a tiempo.

—¿Por qué?

—Va a zarpar, dentro de poco, en su yate. Aunque no te lo hubiera dicho, estamos bien informados sobre los pasos de Hark...

—Esto confirma mis sospechas. ¡Hark trata de poner tierra por medio!

—Hark se pasa la vida realizando cruceros, amigo mío. Oficialmente, él no tiene nada que ver en esto. Y así es, mientras no se le pueda probar.

—Pero el tipo que se llevó la mercancía en España... ¿No trabajaba para él?

—No, Serge. No está en su nómina.

—¡Trabajaba para él!

—De acuerdo. Pruébalo, si puedes.

—Iré a Niza, de todos modos. Clarence me acompaña...

—Está bien, pero no metas «el remo». Un paso en falso y... ¿comprendes?

—Sí, comprendo. No temas. Seré discreto. Será un asunto personal...

—Pero no podrás alcanzarle —insistió el policía.

El *Radiant* zarpaba en aquellos momentos.

El *Radiant* era el magnífico yate de Hark. Uno de los más lujosos que solían anclar en la bahía de Niza.

El avión de Air France tomaba tierra en aquellos instantes, con los dos hombres que se habían propuesto perseguir a Hark.

Cuarenta minutos más tarde, Serge era informado de que el yate del millonario estaba ya lejos.

—Demasiado tarde —murmuró Clarence.

—No del todo —repuso el detective, con una idea.

Poco después, se encontraba en el único lugar donde podían facilitarle el medio de locomoción preciso. Sin embargo...

—No tenemos ningún helicóptero disponible, en estos momentos... Pero esperamos uno dentro... —el empleado consultó un libro, y ratificó—. Sí, dentro de una hora.

—No lo comprometa con nadie. Le dejaré una señal. —Serge extrajo el talonario de cheques, y anotó una cifra, añadiendo—: Volveremos dentro de una hora.

—¿Y ahora qué? —preguntó Clarence, en la calle.

—La villa de Hark. Me gustaría echarle un vistazo.

—¿Crees que Gisèle pueda estar ahí?

—No se la habrá llevado. Danglar había puesto vigilancia. Hark no es ningún idiota.

—Si buscas las drogas, tampoco será tan necio de tenerlas en su villa... Y además, no será tan fácil entrar allí. Imagino que debe ser una fortaleza.

—¿Has estado alguna vez?

—No, pero Gisèle me habló de ella.

—¡Un momento! Hark niega, con pruebas, que Gisèle tuviera parentesco alguno con él, ni amistad siquiera. Supongo que puede probar también que nadie les ha visto juntos... Pero si ella te habló a ti de la villa...

—Ella nunca negó que Richard Hark fuera su tío, pero estoy en el mismo caso que tú. ¿Qué puedo decir?

En cualquier caso, sería mi palabra y la tuya contra la de un millonario influyente. Se reirían de nosotros. Se han reído ya...

—¡Vamos a la villa! —insistió Serge.

Para rodear la posesión de Hark en taxi, utilizando las carreteras que bordeaban los terrenos, Serge y Clarence necesitaron veinte minutos.

Serge sacó una lógica conclusión:

—No puede haber vigilancia en todas partes. Necesitarían un batallón de hombres. Por algún sitio se puede entrar. Tú espera fuera. En el taxi. ¡Pare aquí mismo! —ordenó al taxista.

Era una carretera secundaria, estrecha, que se adentraba hacia la parte montañosa. No había ningún tránsito en ella.

Serge salió del vehículo y corrió a lo largo del muro.

Buscó un lugar donde la vegetación le protegía de la mirada del chófer, y, a la vez, los gastados ladrillos le permitían escalar.

Ayudado también por su agilidad, Serge montó en lo alto del muro y se dejó caer al otro lado.

Se encontró en pleno bosque. La casa quedaba a medio kilómetro. A lo lejos ladraba un perro, aunque evidentemente aquellos ladridos no eran debidos a su presencia... todavía.

Serpenteando entre los pinos, Serge corría a pleno pulmón, aproximándose a la casa.

A través de un ancho sendero al otro lado de los árboles, podía

verse el pabellón.

Vio también a un par de hombres con aspecto de jardineros. Más allá reconoció a uno de los guardaespaldas de Hark. No era ninguno de los que le atacaron. No le había visto nunca, pero su aspecto era inconfundible. El hombre estaba observando desde una barandilla de piedra labrada.

Serge se deslizó entre la vegetación hasta situarse frente al pabellón. Asegurándose de que nadie podía verle, cruzó, raudo, y se metió junto al portal.

Entonces el perro, un hermoso San Bernardo, debió olfatearle y comenzó a ladrar.

El detective empujó la puerta, que estaba abierta y los ladridos del perro atrajeron la atención del tipo que estaba vigilando, y extrajo un revólver de la funda sobaquera, siguiendo al perro, que a su vez se dirigía hacia el pabellón.

A través del ventanal, Serge pudo ver a hombre y perro en dirección hacia el pabellón.

Lo primero que hizo fue cerrar por dentro. Luego, con la mirada, recorrió la sala, buscando un lugar apropiado donde esconderse, llegado el caso. Serge se quitó la chaqueta, guardándose lo que llevaba dentro, y se dirigió a la lateral contraria; abrió una ventana, enrolló la chaqueta y la arrojó lejos, entre la vegetación. Cerró de nuevo y aguardó.

El San Bernardo ladraba en la puerta. El vigilante se aproximó lentamente y apuntó con el revólver, al tiempo que cogía el pomo, haciéndolo girar.

Al encontrar cerrado, murmuró:

—Te equivocas, «Yen» —dijo al perro—. Esto está cerrado, y el patrón debe tener la llave.

Miró en derredor y, ante la insistencia del animal, añadió:

—Daremos un rodeo.

El hombre se fijó en las ventanas. Todas aparecían bien cerradas. Ningún cristal roto, no había trazas de que nada hubiese sido forzado.

—¿Qué diablos husmeas, «Yen»? —refunfuñó.

El perro, al llegar a la otra lateral, se introdujo en la maleza, para regresar llevando la chaqueta que Serge había arrojado.

—¿Qué es esto? —inquirió el hombre, tomando la chaqueta que

el perro le había llevado. La examinó.

—Bueno... ¿De quién será? ¿Dónde la has encontrado? —Y se metió entre la maleza, donde naturalmente no encontró nada más, pero el San Bernardo seguía inquieto. Iba del bosque al pabellón, ladrando, nervioso.

El vigilante, sin soltar el revólver, dio un rodeo por la zona. Luego, unos diez minutos más tarde, volvió a su puesto.

Serge descubrió algo en el pabellón. Un pendiente, una argolla. No necesitaba forzar mucho su memoria para recordar que Gisèle utilizaba un par igual. Luego, otro detalle, el aroma. Gisèle llevaba un perfume suave, pero inconfundible. Serge tenía buen olfato, y aunque ella llevaba algún tiempo fuera de la casa, el perfume, aunque tenue, persistía ligeramente, debido sin duda a que el pabellón estaba cerrado, sin que penetrara el aire exterior. Aquella era una prueba insignificante, pero suficiente para el detective.

Buscó bien por todas partes, sin que hallara nada más, pero le bastaba. Sabía que ella había estado allí.

Se preguntaba si estaría en la casa, aunque comprendía que allí le sería más difícil llegar, o tal vez imposible.

Decidió salir, y su rauda carrera le llevó hacia otro paraje. Era una amplia explanada, con una piscina rodeada de césped, un bar privado, quitasoles, mesas estratégicamente distribuidas, faroles para iluminarlo bien todo, y una escalera que descendía hacia la playa privada.

Asomó unos instantes, y vio un par de lanchas, botes de pesca, una canoa rápida. Al fondo, pegadas a la roca, estaban las barracas para guardar las embarcaciones; otra edificación a modo de pabellón, quedaba algo más separada.

Bajó rápidamente, contando los minutos para no desperdiciar ni uno solo.

Junto a la playa no había nadie. Miró en torno suyo, y echó una ojeada a las barracas de las barcas. Había alguna otra dentro.

Se dirigió, luego, al pabellón. Estaba cerrado. Miró por una ventana y, levantando el cristal, se introdujo en el interior.

Se notaba la humedad que producía la pared rocosa, porque el fondo era de roca viva, y estaba agujereada. Tras un corredor, descubrió algo que a muchos hubiese parecido insólito. ¡Un ascensor! ¡Un ascensor, dentro de la roca!

Serge recordaba cierto hotel de la Costa Brava, donde también había sido perforada la roca para que desde el mismo hotel pudiera descenderse hasta la playa.

Hark no se privaba de nada.

Por los timbres exteriores, comprobó que el ascensor tenía dos plantas intermedias. Una correspondía a la piscina, la otra era el piso. ¡La casa! Era un buen medio para entrar en ella. Consultó el reloj. Faltaban sólo quince minutos para que tuviera listo el helicóptero, pero se dijo que valdría la pena ver primero la casa.

Sin dudarlo, se metió en el ascensor y pulsó el timbre correspondiente al piso.

El ascensor subió rápidamente.

Cuando la puerta se abrió automáticamente en el *hall de la casa*, *dos hombres le encañonaban con sendas pistolas.*

CAPÍTULO XVI

No se pronunciaron palabras. Serge levantó las manos, en señal de que aceptaba el haber sido atrapado, pero apenas dio el primer paso, soltó una patada, desarmando a uno de los tipos y al mismo tiempo golpeó al otro, haciéndole caer de bruces.

Se metió, rápido, dentro, y pulsó el botón para que el ascensor bajara de nuevo.

Reaccionó el del suelo y disparó, pero la puerta, a prueba de balas, se había cerrado.

—¡Maldita sea! ¿Quién diablos es ese tipo? —Gruñó el otro.

—¡Corta la corriente! Se quedará bloqueado.

Un interruptor especial cortaba la corriente del ascensor, y, efectivamente, Serge se quedó a mitad de camino.

Trató de abrir la puerta, pero la falta de corriente la mantenía cerrada.

Pensó rápidamente. Necesitaba salir de allí, y creyó haber encontrado el sistema. ¡El techo!

Se fijó en el sistema de atornillado, y extrajo del bolsillo el manito de herramientas plegables, a base de cuchillos, sacacorchos, destornillador y otras pequeñas herramientas para casos de emergencia.

Tuvo que trabajar en acrobática postura, pues para alcanzar el techo se colgó de la placa que también del mismo techo ocultaba la luz para que esta alumbrara de forma indirecta.

Sin embargo, le sorprendió la extraordinaria facilidad con que los cuatro tornillos se desenroscaron, sin hacer apenas fuerza. Comprobó que eran de acero inoxidable, y parecían nuevos.

Al levantar la tapa, volvió la luz, y el ascensor funcionó de nuevo, pero hacia abajo.

«Han llegado —pensó—. Y me esperan en la playa...».

Tenía contados los segundos. Salió por el hueco, retirando

levemente la plancha.

Cuando la puerta se abrió abajo, ya había conseguido esconderse de forma que no descubrieran su truco, al menos al principio.

—¡No está! —Oyó cómo decía uno.

—¡No puede haberse esfumado! —espetó el otro.

Serge comprendió que no tardarían en darse cuenta de la estrategia, y comenzó a trepar por uno de los cables.

—¡El techo! —gritó, entonces, uno.

Era demasiado arriesgado subir, porque ellos asomarían, y tal vez dispararan.

La situación era desesperada, pero observó que el hueco era bastante mayor que el volumen del ascensor, y optó por bajar, en vez de subir.

Cuando los otros abrieron la tapa, él se había enganchado en la parte baja del ascensor.

Los dos hombres seguían buscándole. Uno, en lo alto del techo, con una linterna. El otro, aguardando dentro.

—¿Le ves?

—No.

—Mira abajo.

El haz de luz se metió por el hueco, pero Serge, sujeto y encogido, no se dejaba ver.

—Llama a los de arriba. De aquí no puede salir —dijo uno.

—Que alguien vigile la planta de la piscina —añadió la otra voz.

—El que había hablado primero se alejó para conversar por un intercomunicador, y dar instrucciones a los otros compinches.

—No os mováis. Por los agujeros de las rocas, es imposible que salga —oyó Serge cómo decían.

El que estaba arriba saltó, murmurando:

—Echaré el ascensor arriba, para ver bien el hueco.

—Dispara primero. Este tipo es muy listo...

Serge se apresuró a meterse otra vez sobre el techo, con considerable riesgo, y, que el ascensor volvía a estar en movimiento.

Al moverse por la parte de atrás, impidió que los de abajo pudieran verle.

Pronto estuvo el ascensor arriba y, naturalmente, cuando abrieron las puertas, lo encontraron vacío.

Alguien informó:

—¡Aquí no hay nadie!

Serge entreabrió ligeramente la placa del techo. Vio sólo un hombre. ¡Aquella podía ser su oportunidad!

El hombre salió para hablar por el intercomunicador con los dos de abajo:

—¿Os lo mando otra vez o qué?

Serge saltó, de pronto. El tipo se volvió, pero el detective se lanzó, como un jugador de *rugby*, a los pies de un contrario.

El guardián disparó, pero Serge había desviado su brazo. La bala se incrustó en una pared.

A través del hueco llegó el estampido, y alguien gritó:

—¡Está arriba!

Serge terminó pronto con el único enemigo. Le sacudió fuerte, sin dejarle levantar. El vigilante quedó fuera de combate.

Desde abajo, pulsaban el timbre para que bajara el ascensor. Serge corrió, y llegó a tiempo de colarse dentro. Subió hábilmente, y quedó sobre el techo.

Mientras bajaba, sentía la humedad de aquel hueco entre las rocas. Observaba los pequeños agujeros y grietas naturales en algunas partes, mientras que, en otras, la pared era completamente lisa, sin poros.

Llegó abajo y, cuando se abrieron las puertas para dar paso a los que esperaban para subir, Serge se soltó, dejándose caer en el hueco. El ascensor se elevó rápidamente.

El detective subió por los hierros clavados a la pared en forma de escalera, y buscó el contacto automático para abrir la puerta. Cuando lo encontró, el ascensor ya estaba arriba. Hizo el contacto, y la puerta exterior se abrió.

—¡Está abajo! —gritó alguien, pero Serge ya corría hacia la playa.

Tomó la motora, la arrastró por el varadero hasta el agua, y escapó, cuando, desde la terraza, alguien gritaba:

—¡Ha huido en la lancha...!

CAPÍTULO XVIII

La animación volvía a reinar en el salón principal del yate. Serge comprobó que llevaba una hora en su encierro. Trató inútilmente de forzar el cristal del ojo de buey.

Entonces cayó «aquello» al agua.

Serge pudo ver perfectamente que se trataba de un cuerpo, al que habían atado unas cadenas a los pies. Se sumergió rápidamente, pero, al caer, la falda de la muchacha revoloteó. Por eso el detective supo que se trataba de una mujer.

«¡Gisèle!», intuyó.

A él le tocó el turno a continuación. Bajaron los dos guardaespaldas, con el propio Hark y Clarence.

—Acabad pronto y sin ruido —dijo Hark.

—¡Vamos, vuélvete de espaldas! —ordenó uno de los tipos.

—No esperaréis que vaya solito al matadero, ¿eh?

—No haga las cosas difíciles, señor Segal. Usted mismo se ha metido en la ratonera. Si se hubiese quedado en París, habría podido vivir muchos años.

—No podía quedarme, señor Hark. Yo perdono muchas cosas, pero ésta, no. Eligió al hombre idóneo.

¿Quién iba a sospechar de quien más ha escrito contra los traficantes de estupefacientes?

—Exactamente. Y basta de charla. Vuélvase. Le darán un golpe seco.

—Que se acerquen, si pueden... —desafió el detective.

—Está bien, muchachos. Utilizad el silenciador. Adiós.

Hark dio la vuelta, tenía prisa. Había dictado la sentencia, y dejaba a los verdugos para que la cumplieran.

Uno de ellos sacó el tubo para acoplarlo al arma. El otro iba a hacer lo propio.

Clarence comenzó a cerrar la puerta para seguir a su jefe.

—¡Espera un momento, amigo! —soltó Serge—. No esperes durar mucho. Ya has visto cómo actúa tu jefe... Acabarás como Gisèle.

—¿Eh?

—No sé si te importaba o no, pero se convirtió en un estorbo, y ahora descansa en el fondo del mar.

—¿Qué diablos estás diciendo?

—La han arrojado, hace un cuarto de hora.

—¡No!

—¡Clarence! —llamó Hark.

—¡Señor Hark! ¡Diga que no es verdad!

—¡Y qué diablos te importa si lo es! Yo soy quien lo dispone todo. Tú solo debes obedecer, trabajar bien y no preocuparte...

—Pero Gisèle y yo...

—¡Basta!

—¡No!

Clarence, en aquel momento, debió verlo todo rojo como la sangre. No midió las consecuencias de su acto, y se abalanzó hacia Hark.

—¡Acabad también con este imbécil! —ordenó el millonario.

La escena tenía lugar en la puerta, y hacia ella se volvieron instintivamente los dos guardaespaldas de Hark.

Serge no esperó que la ocasión se repitiera, y saltó sobre uno, retorciéndole el brazo para obligarle a que soltara el arma.

El otro tipo disparó, y la bala alcanzó de lleno la espalda de Clarence.

Serge saltó sobre él, y le golpeó en el estómago, en el brazo y en el rostro, en tres tiempos tan sucesivos como contundentes. El otro intentó acudir en su ayuda, pero el detective saltó con los pies por delante, en un clásico ataque judoka.

Al mismo tiempo, recogía el arma del suelo. También el otro que la había perdido trató de disparar, pero al hacerlo la bala se incrustó en el compinche que intentaba levantarse.

Serge saltó sobre él y, tras voltearlo, se hizo con el otro revólver. Hark echó a correr por el corredor, pero el detective disparó a sus pies.

—¡No, quieto!

Cerró por fuera para evitar que el que había quedado vivo

pudiera seguirle.

Dentro de la cámara quedó encerrado, junto con el cadáver del otro compinche y el cuerpo de Clarence.

El millonario levantó lentamente los brazos.

—Tengo más hombres, señor Segal. Diga usted lo que diga, me creerán a mí. Soy el patrón, y éste es un acto de piratería.

—¿De veras, Hark? ¡Ahora, escúcheme bien! Si no sigue fielmente mis instrucciones, le mataré a usted. Sí. Le mataré. Tal vez jamás puedan probar que usted trafica en drogas, pero para mi satisfacción personal le mataré, y se habrá terminado esa elegante vida, cubierta de seda, que oculta la podredumbre y que hiede, traspasando el perfume... Le mataré, Hark. —Desenroscó el silenciador, y disparó otra vez—. Ahora, todos han oído el disparo. Es el momento de transmitir sus órdenes.

—Tengo que ir a...

—A ninguna parte. Utilice uno de sus artilugios. Sé que los tiene...

El millonario sacó un pequeño transmisor, desde el que podía dar órdenes donde quiera que estuviera del barco, pero no tuvo necesidad de usarlo. Dos marineros bajaban por la escotilla. Arriba, algunos invitados trataban de asomar.

—¿Qué ocurre, señor Ha...? —El marino que soltó la pregunta se interrumpió, al ver el revólver de Serge.

Serge avanzó aún más, y colocó el cañón del arma en la sien izquierda del propietario del yate.

—Haced lo que él os diga... ¡Es una orden!

—¡Volvemos a Niza, amigos! ¡Y a toda máquina!

Si no llego antes de dos horas y media, Hark no desembarcará...

—Pero... —empezó el marino.

—Sé que este barco puede correr más...

—¡Vamos, vamos! No discutáis —intervino el millonario.

Estaba asustado. Muy asustado, y Serge, sin dejarle avanzar deprisa, mantuvo el cañón contra su cuerpo y le obligó a subir.

Los invitados, que ya habían salido en su totalidad, lanzaron murmullos de temor, de sorpresa...

—Señores. Quizá algunos lo sabían ya. De todos modos, tengo el deber de advertirles que este hombre es un asesino, que además trafica en estupefacientes, lo cual le convierte también en un

asesino de masas, de forma indirecta... Ya sé que para algunos de ustedes lo de las drogas es una minucia... Hasta juraría que varios de los que están aquí llevan alguna dosis...

Miró fijamente a los reunidos. Bajo la elegancia de algunos trajes de fiesta se adivinaban rostros amargos de aburrimiento, con arrugas prematuras, por haber llevado el vicio más allá de lo que el cuerpo está dispuesto a aguantar...

—Sí... Ya sé que no les importa todo esto. Les tiene sin cuidado que su anfitrión sea un asesino, pero no intenten salvarle. No lo intenten porque sólo conseguirían anticipar su muerte.

El barco llegó en dos horas y veinte minutos.

En el puerto parecía que se había congregado toda la policía de Francia.

Durante la travesía, Serge había ordenado mandar un cable.

El propio Danglar, trasladado a Niza, explicó, poco más tarde:

—Bueno. La verdad es que estábamos alertados. Como no era difícil suponer que la única forma posible de seguir a Hark era la de utilizar un helicóptero, di órdenes a la compañía Transfer. El aparato llevaba una radio especial, y lo captamos todo. Más hubiésemos captado, de no producirse la explosión.

—Pagó un inocente —murmuró Serge.

—Así es la vida...

—Bueno. Al menos, podréis acusar de asesinato a Hark. No soy amante de la pena de muerte, pero, en casos como éste, llego a pensar que la guillotina tiene razón de existir...

—Confiamos en averiguar más cosas, si Clarence logra salvarse.

—¿Cómo está?

—Muy grave.

Desde el hospital, llamaron a Danglar. Respondió desde el coche. Cuando el policía colgó, murmuró:

—Ha muerto. Clarence ha muerto.

EPÍLOGO

Una semana más tarde, las sospechas de Serge, con respecto al posible escondite de la droga, dieron sus frutos...

En las entrañas de la roca había un inmenso almacén. Bajo la piscina, existía la entrada. Un doble desagüe servía para introducir la heroína. Luego, la extracción resultaba fácil y hasta pintoresca.

Un control ponía en movimiento una especie de manguera, que asomaba por uno de los agujeros naturales del hueco del ascensor.

Accionando otra palanca, salía del tubo la dosis de droga, pesada al miligramo... e iba a parar directamente al ascensor, del que se había retirado previamente la plancha del techo.

La droga se subía al piso, y allí, por distintos medios y camuflajes, era distribuida.

Aquel descubrimiento desarticuló una extensa red. Se sucedieron las detenciones, y cayó también Chaterbury, que encubría el tráfico entre la chatarra que compraba.

Serge consultó el calendario. Volvía a ser viernes. Fin de semana. Tomó el teléfono, marcó un número y aguardó a que al otro lado del hilo sonara la inconfundible voz de Gigi.

—Estos días no tengo nada que hacer, Gigi...

—Si esperas que te crea, estás fresco. Ya estoy cansada de esperarte. Búscate otra, yo no...

Él la interrumpió:

—Que no, Gigi... Esta vez va en serio. Salgo ahora mismo de mi oficina.

—Te he dicho que no... —Y siguió hablando, hablando...

—Adiós, Gigi. Hasta dentro de veinte minutos.

Colgó.

Iba a salir, cuando apareció el hombre en el umbral de la puerta.

—¡Oh! Creí que no llegaría a tiempo... ¿Es usted Serge Segal,

verdad?

—Pues sí...

—Me han hablado mucho y bien de usted... Bueno, estoy al corriente en lo del asunto de las drogas. Realmente, es usted formidable.

—¿Y ha venido solo para felicitarme?

—Señor Segal... Necesito su ayuda... ¿Puedo explicarle mi caso? Sé que es tarde, pero...

—¿De qué se trata?

Estaban en la puerta, y le hizo ademán de que entrara, pero enseguida rectificó:

—No. No me lo cuente...

—Pero...

—No. Ahora, no, ¿sabe? También tengo un asunto importante...

—Le pagaré lo que me pida. Por dinero, no reñiremos.

—De acuerdo, pero estoy seguro de que su caso puede esperar hasta el lunes. El mío temo que no, porque ya ha esperado demasiado tiempo... Buenas tardes.

Sí. Aquella vez, primero sería Gigi...

FIN

CAPÍTULO XVII

—Estaba impaciente —dijo Clarence—. ¿Qué ha pasado?

—Ya te contaré. ¡Vamos, chófer! Deprisa. A la compañía Sanfer.

—Es tarde —dijo su amigo, consultando el reloj—. Está oscureciendo.

—No importa, ha valido la pena. Sé que Gisèle ha estado allá.

—¿Estás seguro?

Serge le mostró el pendiente.

—¿Qué más has descubierto?

—No mucho. He pasado el tiempo en el hueco del ascensor.

—¿Te han visto?

—¡Claro!

—Ahora comunicarán con Hark.

—No sabían quién era.

—Pero cuando informen a Hark, él sí sospechará.

—De acuerdo, pero no sabrá que vamos a seguirle...

—Pero estará alerta. Gisèle me dijo que su yate dispone de radar, y tiene detectores modernos de todas clases.

—Supongo que no habrá ido de crucero, solo. Lo lógico es que viaje con algunos invitados. Mi plan es el siguiente...

Estaban ya en el helicóptero que pilotaba un profesional de la compañía.

—¿Estás decidido a descender sobre el yate, cuando le encuentres? —inquirió Clarence.

—Sí. Diré que he descubierto el escondrijo de la droga.

—Pero esto no es cierto.

—Podría serlo, Clarence. Aquello es inmenso. Pueden haber, incluso, fortificaciones, entradas ocultas entre las rocas.

—Habría que dinamitarlo todo para dar con la heroína —repuso Clarence, pesimista.

—Pero se encontraría...

—No. Hark no es idiota. Ya lo ha demostrado. Si tuviera el depósito en su casa, la mercancía tendría que llegarle por alguna parte.

—¿Tiene un helicóptero?

—Sí.

—Ahí lo tienes. A cualquier hora puede entrar y salir. Aunque la policía sospeche, jamás pueden encontrarle con las manos en la masa porque necesitarían una orden judicial para mantener una vigilancia indefinida, que un día u otro tendría que terminar, y, mientras estuviera la policía, no ocurriría nada. Luego, hay otros medios... Sí. Tiene que estar allí. En algún lugar... Del mismo modo que hizo construir el ascensor en el hueco, puede tener otros escondrijos... Por cierto... la placa del techo del ascensor...

—¿Qué?

—Tenía los tomillos muy suaves... como si se quitara y pusiera con frecuencia. Tal vez... Me gustaría volver allí. De veras... Me gustaría...

Al cabo de una hora de vuelo, divisaron el yate.

—¡Aquél! Vaya hacia allí —dijo Serge al piloto.

Poco después, el aparato quedaba sobre la embarcación.

Lo habían detectado, y los guardaespaldas estaban ya aguardando. Eran los que Serge conocía.

—Suelte la escalerilla. Y tú quédate, Clarence. Si me ocurre algo, informa a Danglar, y usted, amigo, no se pierda detalle; será otro testigo.

Serge comenzó a bajar en el momento que Hark apareció, sonriente, del interior.

Sonaba música. Los invitados bailaban. Otros servidores del millonario cuidaban de que no faltara la bebida, y nadie asomara.

Serge saltó los últimos tramos hacia la cubierta.

—Bienvenido, señor Segal. Espero que no se trate de un asalto en alta mar...

—No, señor Hark. Nada de esto. Simplemente, se trata de una visita de cumplido.

Clarence comenzaba a bajar, y Serge murmuró:

—¿Qué haces? Quédate dónde estás.

—Ya basta el piloto, Serge; yo también tengo preguntas que

hacer —repuso el amigo.

Hark esperó que Clarence hubiera bajado, y entonces indicó a sus hombres:

—Acompañad a mis amigos... donde ya sabéis.

Serge observó las pistolas que los dos guardaespaldas esgrimían disimuladamente.

El piloto sobrevolaba el yate.

—Me queda un testigo, señor Hark. Si me mata, el inspector Danglar sabrá que ha sido usted.

—¿De veras? ¡Vamos! ¡Adelante! —insistió a sus dos hombres, y le obligaron a meterse por una escotilla.

En aquel momento, sonó la terrible explosión. Serge se volvió a tiempo de ver el helicóptero convertirse en una bola de fuego.

—¿Eeeh? —exclamó.

—Terrible, ¿verdad? —sonrió Hark—. Un accidente.

La explosión había atraído a los invitados. Los dos tipos empujaron a Serge, que se precipitó por las escaleras hasta un corredor.

Hark estaba comentando:

—Un lamentable accidente. Informaremos a la comandancia... ¡Pobres diablos los que iban en el helicóptero!

Mientras, Serge era arrojado a una cámara incomunicada. El ojo de buey estaba casi en la misma línea de flotación, herméticamente cerrado.

Cuando los tipos iban a salir, apareció Clarence.

—¿Qué significa esto? —inquirió Serge—. Tú...

—Sí. Serge. Yo coloqué el explosivo. Era necesario. Ahora se trata de un accidente. Aunque no lo crean, carecerán de pruebas. Oficialmente, te habrás volatilizado con el piloto.

—¿Y tú? ¿Qué excusa darás para justificar tu supervivencia?

—Hark tiene soluciones para todo... Por eso me pasé a su bando.

—¿A su bando?

—Sí. Yo trabajaba para Chaterbury, pero me convinieron más los tratos de Hark. Chaterbury está enojado conmigo. Le birlé la clientela, ¿sabes? Por eso trata de eliminar a los hombres de Hark para vengarse. Y trató de hacer lo mismo conmigo.

—O sea que la bala que te hirió en Heidelberg... no iba dirigida a mí... sino a ti.

—Igual que el coche que tan hábilmente burlaste, a la salida de Orly... ¿Por qué crees que te rogué que vinieras a buscarme? Conozco tu maña. Hark tiene razón al decir que quién se rodea de lo mejor, nunca puede fallar.

—Todo bien urdido. Te felicito, Clarence. Me has resultado, ciertamente, un alumno aventajado. Pero ten cuidado. El juego no ha terminado aún... A veces, hay que guardarse un as en la manga... para sacarlo en el momento oportuno.

—No puedes luchar contra Hark, Serge. No te hagas ilusiones... Los estorbos son borrados, como el alemán, por ejemplo. Ojo por ojo. Hark se cuidó de él y...

—¡Hablas demasiado! —cortó el millonario, interrumpiendo en aquel momento.

—¿Y qué importa? Es un sentenciado.

—Aun así. Sobran las explicaciones. ¡Vamos!

Le dejaron solo, con la puerta bien atrancada...

Su suerte estaba decidida; indudablemente, pensaban matarle y arrojar su cuerpo al mar...